5407

LA HIJA

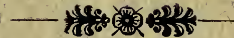
COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

GUINON y BOUCHINET

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR

ALEJANDRO P. MARISTANY y EDUARDO GIRAUDIER



Copyright, by A. P. Maristany y E. Giraudier, 1914

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914

LA HIJA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA HIJA

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL DE

GUINON y BOUCHINET

TRADUCIDA DEL FRANCÉS POR

ALEJANDRO P. MARISTANY y EDUARDO GIRAUDIER

Estrenada en el Teatro de Novedades de Barcelona, el 7 de Julio de 1914, y en el Teatro de la Comedia de Madrid, el 26 de Septiembre del mismo año

MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.º

Teléfono número 551

1914

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANITA ORSIER...........	Mercedes Pérez de Vargas.
LA SEÑORA DE ORSIER....	Julia Martínez.
PAULINA...	Adela Carbone.
LA SEÑORA DE GUERANDE.	Dolores Soriano.
LA BARONESA.............	María Calvo.
ANITA......................	Matilde Hurtado.
MAGDALENA...............	Carmen Villa.
CARLOS ORSIER............	Juan Bonafé.
ENRIQUE............... ...	Manuel González.
EDUARDO..................	Mariano Asquerino.
TREMEAUX................	Manuel Caba.
JOSÉ.......................	Pedro Cuenca.
GUERANDE........	Manuel Insúa.

La acción en París.—Epoca actual

ACTO PRIMERO

Saloncito modesto en casa de la señora de Orsier. Por la puerta del foro, que está enteramente abierta, se ve el comedor con la mesa dispuesta para comer. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

Al levantarse el telón Juanita está en escena y Magdalena en el comedor.

ESCENA PRIMERA

JUANA y MAGDALENA

Mag. Ya está puesta la mesa, señorita.

Jua. ¿Y las flores?

Mag. También.

Jua. A ver, á ver... ¿Pero cómo las has colocado?

Mag. ¿No me ha dicho usted que las echara... esparcidas?

Jua. Sí, pero no de ese modo. Fíjate. Así. (Arreglándolas.) Se colocan entre los platos y luego en el centro. Deben estar bien colocadas... sin parecerlo. Tú no tienes chic.

Mag. ¡Qué voy á tener esas cosas, señorita! (Timbre.) Han llamado.

Jua. Vé á abrir; yo concluiré de arreglar la mesa.

Mag. (Asomándose á la puerta.) Ha abierto la señora.

Jua. Pues ven y verás cómo lo arreglo yo. (Magdalena entra de nuevo en el comedor. Una pausa duran-

670259

te la cual se ve á Juanita y Magdalena colocar las flores y las sillas.)

Mag. ¿Y es así como se arreglan las mesas en el gran mundo?

Jua. ¿A qué viene la pregunta?

Mag. Porque se ve que á usted, señorita, le gusta todo lo que tiene visos de grandeza.

ESCENA II

SEÑORA ORSIER, JUANITA y MAGDALENA

La Señora Orsier entra por la derecha con una tarjeta en la mano.

Jua. ¿Quién es, mamá?

S. de Ors. Esta tarjeta de los Barroux, diciendo que les es imposible venir y excusándose.

Jua. ¡Qué fastidio! ¡Y nos avisan á última hora!

S. de Ors. Les han llegado esta tarde unos parientes de provincias y no pueden dejarles. Magdalena, vete á vigilar la comida.

Mag. Voy, señora. (Vase Magdalena por la izquierda.)

Jua. ¡Y yo que había adornado la mesa para ellos!

S. de Ors. (Viendo la mesa.) No hay que decir que es tuya la idea.

Jua. ¿Te disgusta, mamá?

S. de Ors. No, hija; está muy bonito.

Jua. ¿Verdad que sí? ¡Solo faltaría que no viniese Eduardo!

S. de Ors. Como no esté enfermo...

Jua. Acuérdate de los dos meses que estuvimos sin verle y luego se excusó mucho, pero no me convenció.

S. de Ors. (Riendo.) ¡Buena memoria!

Jua. Nuestras relaciones son escasas y él es casi la única persona que algunas veces se sienta á nuestra mesa... y trae los postres.

S. de Ors. Una delicada atención que le agradezco. Es un muchacho muy simpático y tiene un brillante porvenir. Hoy es uno de los principales empleados de la casa más importante de caucho y si como él dice, le mandan á las Colonias un par de años, á su regreso, se habrá creado una bonita posición. Además,

bajo su aspecto algo tosco, se adivina una gran rectitud de conciencia y un excelente corazón.

Jua. Reconozco sus brillantes cualidades, pero también tiene defectos...

S. de Ors. ¡Hija mía, quién no los tiene! No se ha insinuado todavía, pero... es posible que lo haga y debes meditar la respuesta. Tus gustos y tus aficiones están generalmente reñidos con nuestra posición, por eso te advierto.

Jua. ¿Y es culpa mía que me guste todo lo que tiene aire de grandeza?

S. de Ors. Si fuéramos ricas, como lo era yo antes, me complacería, pero dada nuestra situación actual, es por el contrario, motivo de tristeza y un peligro quizá para el porvenir. Ya ves, pues, que no es reproche: quiero evitar una decepción.

Jua. ¡No temas, mamá, que á todo sabré acostumbrarme! ¡Mi mayor dicha es tener una madre como tú, tan buena, tan cariñosa!... ¡Ay, mamaíta, cuanto te quiero! (Madre é hija se abrazan. En un reloj dan las siete.)

S. de Ors. ¡Las siete!

Jua. Pronto llegará Eduardo.

S. de Ors. Voy á arreglarme un poco. (Timbre.)

Jna. Debe de ser él y no te da tiempo.

ESCENA III

SEÑORA DE ORSIER, JUANITA y EDUARDO. Eduardo entra ocultando una botella

Edu. ¿Se puede?

Jua. Adelante, Eduardo.

S. de Ors. Pase usted.

Edu. Buenas tardes, señora. Buenas tardes, Juanita.

Jua. Mamá, Eduardo nos trae alguna sorpresa.

Edu. ¡Adivine usted!

Jua. ¿Qué nueva golosina trae usted hoy?

Edu. Una botella de champagne.

Jua. (Muy alegre.) ¡Una botella de champagne!

S. de Ors. (En tono de reconvención cariñosa.) ¡Juanita, por Dios!

Jua. Es cierto, va usted á acostumbrarnos muy mal...

Edu. Sé que á usted le gusta.

S. de Ors. Muchísimas gracias, Eduardo. Mi hija y yo agradecemos su delicada atención, pero... ¿por qué lo ha hecho usté?

Edu. Señora, si no merece la pena; sabía que tenían ustedes invitados...

Jua. Sí, pero no vienen.

Edu. (Con satisfacción.) ¡Tanto mejor!

S. de Ors. ¿Lo dice usted porque comeremos los tres solos, verdad? Pues yo lo sentía por usted, solo por usted.

Edu. ¿Por qué, señora?

S. de Ors. Porque va usted á estar menos divertido.

Edu. Todo lo contrario. Les considero á ustedes como familia y precisamente hoy tengo una gran noticia que comunicarles.

S. de Ors. ¿A ver, á ver?

Edu. Los directores han decidido crear una nueva Sucursal en el Sudán y me han nombrado administrador.

S. de Ors. Le felicito á usted sinceramente, Eduardo; creo que es acertada la elección.

Jua. Mi enhorabuena.

Edu. La acepto.

S. de Ors. ¡Ya ha visto usted realizadas sus ilusiones!

Edu. En efecto, estoy contentísimo, pero...

S. de Ors. ¿Hay pero también?

Edu. Lo hay, sí, y es de suma importancia. Me causa honda pena marchar tan lejos y separarme de mis amigos, de mis relaciones... Contando como yo cuento con amigos excelentes, ¿verdad que la separación ha de ser dolorosa? (Ha fijado la mirada en Juana.)

S. de Ors. Así lo creo yo y por mi parte puedo asegurarle que alegrándome mucho, lo lamento quizá con egoísmo, porque vamos á perder á nuestro mejor amigo.

Edu. Perderlo, no. Aunque lejos, no dejaré de acordarme de ustedes constantemente.

S. de Ors. Así lo espero.

Edu. Tengo gran afición á los negocios y se me han hecho condiciones excepcionales.

Jua. ¿Y pasará usted allí mucho tiempo?

Edu. Dos años próximamente.

Jua. ¿Cuándo marcha usted?

Edu. Dentro de un par de meses, pero voy á estar muy ocupado con los preparativos y en el estudio del plan comercial que debo desarrollar y que es importante. Esto me impedirá venir á visitar á ustedes con la asiduidad de ahora, de todos modos procuraré venir de vez en cuando. Ay, perdonen ustedes, había olvidado...

Jua. ¿Pero cómo, trae usted otro obsequio?

Edu. Un palco para mañana.

S. de Ors. Esto es demasiado y no puedo permitir...

Edu. Señora, la ruego que acepte. Será para mí una satisfacción ir al teatro con ustedes.

Jua. ¡Qué lástima que no tenga el vestido para mañana! Mandaré recado á la modista.

S. de Ors. ¡Imposible, hija mía!

Jua. Sí, sí, mamá; tú misma ponla cuatro letras y Magdalena las llevará.

S. de Ors. Temo que sea inútil, pero en fin... quédate con Eduardo. Hasta ahora. (Eduardo se inclina para saludar y vase la Señora de Orsier.)

ESCENA IV

EDUARDO y JUANITA

Jua. (Tras breve pausa.) Contra la opinión de mamá, me figuro que lo tendré para mañana.

Edu. Para mí el vestido es lo de menos. Lo importante es que usted vaya. ¿Le gusta á usted el teatro?

Jua. Mucho. Sin embargo, vamos tan poco...

Edu. ¿Cómo no van ustedes con más frecuencia?

Jua. Porque mamá no quiere. (Pausa.) ¿De modo que decididamente marcha usted al Sudán? Debe ser un país salvaje...

Edu. Poco civilizado.

Jua. ¿Y no le da á usted miedo ir tan lejos?

Edu. Miedo, no. ¡Tristeza! Tristeza porque he de dejar á ustedes.

Jua. Yo también lo siento, créalo. Me había acostumbrado á sus visitas...

Edu. ¿De verdad lo siente usted?

Jua. De verdad.

Edu. ¡Dos años sin vernos! ¡Cómo la echaré á usted de menos, Juanita!

Jua. No diré yo que el primer día... Como echará usted de menos París y sus amigos, pero en cuanto pase algún tiempo, poco va usted á acordarse de nosotras.

Edu. Se equivoca usted.

Jua. El año pasado estuvo usted dos meses sin venir y no se movió usted de París. Ya se me hizo extraño no verle y por las noches lo decíamos con mamá: ¿por qué no vendrá Eduardo? Y un día volvió usted...

Edu. ¿Luego echaba usted de menos mis visitas?

Jua. Claro que sí. Pero hoy noto que está usted preocupado. ¿Qué le ocurre á usted?

Edu. Que esta ausencia va á ser mucho más larga.

Jua. Y por lo tanto tendrá usted más tiempo para olvidarse de nosotras.

Edu. No lo crea usted. Yo bien sé que no lo piensa, pero por si acaso me equivocara y lo pensara usted, quiero que sepa que el recuerdo más agradable, el mejor de mi vida, el único que llevaré conmigo, será el de estas veladas deliciosas pasadas en esta casa, junto á usted. Quiero decirla la verdad, la verdad sincera, que es como debe decirse. En mi pecho sólo hay un afecto, mejor dicho... un amor... y ese amor es usted, Juanita, es usted.

Jua. (Relativamente sorprendida.) Pero... ¿qué dice usted, Eduardo?

Edu. Que la quiero á usted, que la amo y por esto siento doblemente tener que marcharme. Poco puedo ofrecerla á usted hoy, pero yo sabré abrirme camino y cuando vuelva... Ahora parece que es usted quien se pone triste. ¿Qué tiene usted?

Jua. No es tristeza, es la sorpresa de oir lo que no sospechaba...

Edu. ¿Quiere usted saber por qué estuve dos meses sin venir á esta casa? Porque ya la quería á usted entonces y no me atrevía á decírselo, ni á pedirla una esperanza. ¡Me consideraba muy poco para usted! Traté de no verla más, creyendo que llegaría á olvidarla, pero sufría mucho y á los dos meses volvía

á esta casa. Aquél día quise revelárselo todo, no tuve ocasión y me hubiera faltado valor.

Jua. Pues confieso que no creí entonces que esta fuera la causa.

Edu. Porque usted no me quería. Si hubiera usted sentido amor, lo hubiera adivinado usted.

Jua. Tal vez.

Edu. Pero ahora que sabe cuanto la amo, ahora que mi porvenir es más lisonjero, ¿puedo esperar el sí que tanto anhelaba? (Pausa.) ¿No me responde usted, Juana?

Jua. Yo... la verdad, no había previsto para esta noche la declaración que usted acaba de hacerme, aunque sospechaba que algún día... Usted viene aquí con bastante frecuencia, la casa tiene pocos atractivos para un muchacho joven como usted... así es que podía yo llegar á imaginarme que venía usted por mi, pero no como amigo, sino para algo más. Siento por usted vivísima simpatía y la verdad, no soy romántica. Tampoco he de ocultarle que con mamá hemos hablado de este caso, que considerábamos que un día podía presentarse...

Edu. ¿Entonces si yo le pidiera á usted la promesa de ser mi esposa á mi regreso, me la daría usted?

Jua. Quizá se la diera bajo una condición.

Edu. Diga usted cuál.

Jua. La de no separarme de mi madre. Vivir los tres juntos. ¿Acepta usted?

Edu. ¿Que si acepto? ¡Ya lo creo, sin vacilar! Solo que...

Jua. ¿Qué?

Edu. Que me está pareciendo que lo que la decide á usted á aceptar mi mano, es la promesa de no separarla de su madre. Yo no pretendo que me quiera usted como yo la quiero. pero he de hacer que llegue usted á quererme.

Jua. Sí le quiero á uste¹, Eduardo.

Edu. Mejor, muchísimo mejor. ¿Promete usted aguardar á mi regreso?

Jua. Yo siempre cumplo lo que prometo y se lo he prometido á usted.

Edu. Deme usted su mano.

Jua. Oigo á mamá.

Edu. La hablaré en seguida.

Jua. Yo dejo á ustedes y volveré después, cuando hayan hablado. Hasta luego. (Vase y entra la señora de Orsier.)

ESCENA V

SEÑORA DE ORSIER y EDUARDO

S. de Ors. ¿Cómo? ¿Le ha dejado á usted solo Juanita?

Edu. No, señora; acaba de salir en este instante. (Pausa.) Señora, deseo tratar con usted algo de sumo interés, y...

S. de Ors. Pues diga usted, que ya le escucho.

Edu. Acabo de decir á su hija que la amo.

S. de Ors. ¡Ah!...

Edu. Perdóneme usted. Comprendo que debí decírselo á usted primero, pero... el momento era muy oportuno y la verdad, no ha podido contenerme...

S. de Ors. ¿Y qué le ha dicho á usted ella?

Edu. Que consentía en ser mi esposa. ¡Puede usted juzgar mi felicidad en estos momentos! Falta tan solo que usted apruebe... ¿Puedo esperar, señora... su consentimiento?

S. de Ors. Usted ha venido á esta casa con bastante frecuencia, le hemos acogido á usted siempre con simpatía... pero el asunto es muy serio y precisa conocerse bien antes de formalizar las cosas. También deben mediar algunas explicaciones...

Edu. Estoy dispuesto á dar cuantas quiera usted, señora. No tengo familia, no tengo fortuna, pero mi amor al trabajo y mi asiduidad...

S. de Ors. Perdone usted. De sobra sé que es usted un hombre honrado, leal, trabajador... No se trata de eso. Las explicaciones no se las pido á usted, por el contrario, soy yo quién va á dárselas.

Edu. Es inútil ..

S. de Ors. Permítame. Siéntese usted y óigame. (Pausa.) ¿Le ha hablado á usted Juanita alguna vez de su padre?

Edu. Nunca. Sé que desde niña vive sola con usted...

S. de Ors. Y esto le habrá hecho suponer que su padre murió. Es lógico que usted lo pensara...

Edu. Sí, señora.

S. de Ors. Sin embargo se equivocaba usted. El padre de mi hija vive.

Edu. ¿Luego están ustedes divorciados?

S. de Ors. Sí. Comprendo su sorpresa. Juanita y yo llevamos el nombre de mi marido.

Edu. Esto no entibiará en modo alguno el profundo amor que siento por su hija.

S. de Ors. Hace más de veinte años que me casé enamoradísima del arquitecto Carlos Orsier. ¡Mi felicidad duró poco! ¡Pronto me convencí de que me engañaba, de que no me quería! Tras mucho sufrir, le perdoné. Pasaron algunos meses y entonces ví claramente á que clase de hombre me había unido. Era cobarde, egoísta, hipocritón... El nacimiento de mi hija me hizo concebir una esperanza, la última, pero lejos de aproximarnos fuímos alejándonos más cada día. ¡No puede usted imaginarse los celos y las humillaciones que tuve que sufrir en silencio. ¡Aún hoy, después de dieciocho años, no puedo recordarle sin que las lágrimas asomen á mis ojos!...

Edu. ¡Señora!...

S. de Ors. Tiene usted razón. El señor de Orsier nos tenía abandonadas y tuve que refugiarme al fin en casa de mis padres... y divorciarme. Mi marido no se opuso á la demanda y se me concedió vivir con mi hija, pero permitiendo á su padre tenerla en su casa un mes todos los años. El señor de Orsier no ha vuelto á acordarse de ella.

Edu. ¿De modo que Juanita no va á casa de su padre?

S. de Ors. Nunca. Concedido el divorcio desapareció. Mi padre era un gran industrial que murió algunos años después de mi divorcio, pero todo su patrimonio estaba en la fábrica y esta cayó en manos de gente nada escrupulosa que en pocos años casi me arruinaron. Mi procurador pudo salvar una renta de

cinco mil francos, que es cuanto tenemos hoy.

Edu. ¿Y no ha vuelto usted á saber del señor de Orsier?

S. de Ors. Sí. Hace unos diez años supe que estaba en Rusia y que trabajaba En cuanto á él estoy segura de que nos ha olvidado por completo y crea usted que le agradezco el olvido.

Edu. Y naturalmente Juanita conoceré esta situación...

S. de Ors. No quise engañarla. Sabe que fuí muy desgraciada con su padre, pero desconoce detalles. Ya sabe usted ahora la historia de esta familia.

Edu. Que en nada entibiará el amor que siento por su hija y el respeto y afecto que me inspira usted, señora. ¡Comprendo que ha debido usted sufrir mucho!

S. de Ors. Mucho. Pero me consideraré pagada si veo feliz á mi hija.

Edu. A ello consagraré todos mis esfuerzos. (Entra Juanita.)

ESCENA VI

DICHOS y JUANITA

S. de Ors. ¿Sabes, hija mía, lo que nuestro buen amigo acaba de pedirme?

Jua. Sí, mamá, ¿y tú que has respondido?

Edu. Su madre de usted acaba de dar respuesta favorable á mis deseos.

Jua. ¿Estás contenta de no tener que separarte de tu hija?

S. de Ors. (Sorprendida.) ¿Cómo?

Jua. ¿Pero no te ha dicho Eduardo que nos quedaremos á vivir contigo?

S. de Ors. No.

Edu. Juanita me ha pedido que accediera...

S. de Ors. ¿Y accede usted?

Edu. Si este es el deseo de su hija, accedo gustosísimo.

S. de Ors. Gracias, Eduardo, no sabe usted cuánto le agradezco su prueba de delicadeza para conmigo, que es cariño hacia mi hija. (A Eduardo.) Abrace usted á su prometida. (Eduar-

do abraza á Juanita.) Queda un punto por tratar... La dote de Juanita; de esto no hemos hablado.

Edu. ¿No la tiene, verdad? Lo suponía. ¿Pero qué importa? Viviendo juntos... (Timbre dentro,)

S. de Ors. ¿Quién vendrá á estas horas?

ESCENA VII

DICHOS y MAGDALENA

Mag. (Con una bandeja en la mano.) Señora...

S. de Ors. ¿Quién es?

Mag. Un caballero me ha entregado esta tarjeta. (Presenta la bandeja y la señora Orsier toma una tarjeta y lee.)

S. de Ors. Ulises Tremeaux, abogado. No le conozco.

Mag. Ha dicho que venía especialmente á ver á la señorita.

Jua. ¿A mí? Alguna conquista improvisada...

Edu. (A Magdalena.) ¿Es joven?

Mag. No es viejo.

S. de Ors. Salgamos de dudas: mándale pasar. (Vase Magdalena.)

Jua. Ya está Eduardo interesado...

Edu. Claro, un desconocido...

ESCENA VIII

SEÑORA ORSIER, JUANITA, EDUARDO y TREMEAUX

(Magdalena introduce á Tremeaux y vase.)

Tre. Señoras... Caballero...

S. de Ors. Indudablemente ha sufrido usted un error...

Tre. Perdone usted. ¿Es á la señora de Orsier á quien tengo el honor de dirigirme?

S. de Ors. Sí, señor.

Tre. Esa señorita debe de ser su hija, ¿no es cierto, señora? (La señora de Orsier asiente.) Tengo mucho gusto... Deseaba hablar con ustedes á solas breves momentos. (A Eduardo.) Perdone usted...

S. de Ors. Este caballero es de la familia y puede usted hablar cuanto guste.

Tre. ¿Usted, señora, es la esposa de don Carlos Orsier?

S. de Ors. En efecto, caballero, fuí su esposa.

Tre. El señor de Orsier es mi cliente y de su parte vengo.

S. de Ors. ¿Cómo; viene usted de parte del señor Orsier? ¿Pero está en París?

Tre. Sí, señora, desde hace más de un año. Pero hasta ayer no supe las señas de ustedes y si me presento en hora tan intempestiva, es para recuperar el tiempo perdido.

S. de Ors. Diga usted de qué se trata.

Tre. Muy sencillo, señora. (Presentando una carta.) Aquí tiene una carta del propio señor de Orsier que hablará por mí. (La señora de Orsier toma la carta que viene cerrada.) La ruego que la lea en mi presencia, porque quizá sea preciso añadir algunas palabras.

(La señora de Orsier abre la carta y lee extrañándose de su contenido y con agitación visible al final.)

S. de Ors. ¡Oh!.. ¡No es posible! ¡No es posible!

Jua. ¿Qué ocurre, mamá?

Edu. ¿Qué es esto, señora?

S. de Ors. ¡Qué cinismo!

Jua. Pero, bien, ¿qué ocurre?

S. de Ors. Oye, hija mía. Oiga usted también, Eduardo. (Leyendo) «Señora: De regreso en París, tras larga permanencia en el extranjero, deseo tener á mi hija en mi casa durante el tiempo que me lo otorgó la ley. Comprendo que la extrañará á usted mi resolución después de tan prolongado silencio, pero debe usted atribuirlo á que el tiempo ha operado gran cambio en mi persona. En lugar de reclamar legalmente haciendo valer mis derechos, he creído mucho más correcto expresar á usted mi firme deseo, en la esperanza de que dejando á un lado antiguos rencores, aceptará usted una inteligencia amistosa sobre este punto. Me permito recordarla que el mes que debe pasar conmigo mi hija es el de Junio. Con el mayor respeto queda de usted afmo., s. s. q. s. p. b., *Carlos Orsier.*—42, Avenida del Bosque de Bolonia.»

Jua. No pienso ir.

S. de Ors. ¡Ni quiero que vayas!

Tre. Señora...

S. de Ors. Mi respuesta es terminante. Puede dársela usted mismo.

Tre. La suplico que reflexione. Sentiría en el alma tener que recurrir á procedimientos legales...

S. de Ors. Es inútil.

Tre. Lo siento pero conste que la invito á usted á reflexionar.

S. de Ors. Le he dicho á usted que es inútil. Mi hija no se separará de mí. ¡Podía el señor Orsier haberse acordado antes! ¡Cerca de diecinueve años han transcurrido desde nuestra separación!

Tre. En este caso, señora, muy á pesar mío, me veo precisado á... (Saca un papel del bolsillo.)

S. de Ors. ¿Qué es eso?

Tre. Un mandato del Juez. Puesto que rehusa usted ponerse de acuerdo con el señor de Orsier...

S. de Ors. Mi hija no puede ir á casa de ese hombre.

Tre. El señor de Orsier solo reclama sus derechos de padre.

S. de Ors. ¡De padre!... ¿Lo ha sido acaso desde que m hija nació?

Tre. Considere usted que la ley se lo concede.

S. de Ors. (Dirigiéndose á Eduardo.) Usted que conoce ahora la historia, comprende que es imposible que Juanita vaya al lado de su padre, aunque sea por corto tiempo. No me atrevo ni á pensar qué nuevo capricho le ha hecho concebir esta idea. Después de mis desvelos por mi hija en quien adoro, que es toda mi familia, ¿puedo consentir que ese hombre funesto venga á disputármela amparándose en la ley?

Jua. ¡Mamá!

S. de Ors. ¡Perdonen ustedes pero mi indignación es tan grande!... Hija mía, te ruego que nos dejes á Eduardo y á mí con este caballero.

Jua. Como quieras, mamá, pero no te disgustes. Yo haré lo que tú me mandes. (Vase Juana saludando después de abrazar á su madre.)

ESCENA IX

SEÑORA DE ORSIER, EDUARDO y TREMEAUX

S. de Ors. Perdone usted si mi emoción no me permite hablarle como usted se merece...

Tre. Está usted enteramente disculpada. Yo solo vengo como amigo del señor de Orsier, no quiera usted que sea su abogado. Comprendo perfectamente su emoción. Yo también tengo una hija y no quisiera verla nunca lejos de mí.

S. de Ors. Ya estoy más tranquila; sin embargo, mi resolución estaba hecha. Puede usted decirle al señor de Orsier que mi hija no irá á su casa.

Tre. ¿De modo que quiere usted tener un pleito?

S. de Ors. Si así lo exige su cliente ¿por qué no? Yo sabré hacer valer mis derechos.

Tre. ¿Ante el fallo de un Tribunal?...

S de Ors. Tengo confianza de que ganaré.

Tre. ¡Quién lo sabe antes de empezar! ¡Nadie cree perderlo! Crea usted á un hombre de experiencia y que no es sospechoso. Yo vivo de los pleitos, pero hoy día, aconsejo mientras se pueda, transigir.

S. de Ors. El mismo, durante dieciocho años, ha renunciado á sus derechos.

Tre. El señor de Orsier ha vivido lejos de su patria. A su regreso, fué su primer pensamiento averiguar el domicilio de su hija. ¿No cree usted que eso podría interpretarse en su favor? ¿Y cree usted que existe algún juez capaz de declarar prescritos los derechos del señor de Orsier, precisamente en el momento en que él trata de hacerlos valer? Además, su conducta para con usted fué ya juzgada por los tribunales en otra época concediendo el divorcio; por lo tanto no podrá usted invocar nada que sea contrario á la sentencia. Créame usted, señora, abandone usted esa idea, que un pleito suele ser muchas veces causa de una ruina. (Dirigiéndose á Eduardo.) Este caballero que me es-

cucha sin apasionamiento, quizá también pueda aconsejarla.

Edu. Sí, señor; creo que en sus palabras hay verdades...

S. de Ors. ¿Cómo, usted también opina?...

Edu. En el fondo estoy con usted, señora, pero es preciso tener en cuenta tantas cosas, que temo que un pleito en este caso sería inútil.

S. de Ors. ¿De manera que según ustedes sería pleito perdido?

Edu. Dudoso por lo menos.

Tre. Para mí perdido. Y aunque no lo fuera, saldrían de nuevo á la luz pública todas las frases, los escándalos, las humillaciones de entonces y sería poco agradable para usted reverdecerlas y para su hija que las desconoce quizá, saberlas. No quiera usted reproducir un escándalo pasado y olvidado de todos.

(La señora de Orsier calla y reflexiona.)

S. de Ors. ¡Pobre hija mía, por ella lo siento, y por ella haría yo cualquier sacrificio!

Tre. Celebro muchísimo poder contar con usted en un punto que considero capital.

S. de Ors. Cónstele á usted que es contra toda mi voluntad. Sólo me deciden á ello el cariño inmenso hacia mi hija y el consejo de su prometido.

Tre. ¡Ah!... ¿Va usted á casarse con la señorita de Orsier? Sea enhorabuena.

Edu. Nos casaremos dentro de un par de años.

Tre. Es una lástima; porque un casamiento inmediato lo simplificaría mucho.

Edu. Existen motivos que lo dificultan.

Tre. De todos modos, vale más que lo sepa el señor de Orsier.

S. de Ors. ¡A qué centro de corrupción irá á parar mi hija!... ¡Tal vez la espera allí la miseria!

Tre. Veo que ignora usted por completo la situación de mi cliente. El señor de Orsier es muy rico.

S. de Ors. ¿También ha tenido suerte en sus negocios? ¡Dios sabe cómo habrá hecho su fortuna!

Tre. Con su trabajo y honradamente, puedo afirmarlo. Su carrera le ha valido en Rusia mu

chísimo dinero. Su hija no pasará privación alguna, y en cuanto á moralidad, á pesar de que lleva una vida de hombre libre, no ha dado escándalos.

Edu. Creo sinceramente, señora, que no debe usted temer nada. El padre reclama á la hija y no podrá olvidar que lo es.

S. de Ors. Está bien. (Se dirige á una puerta y llama.) ¡Juanita! Después de hablar extensamente con el señor Tremeaux, Eduardo y yo creemos que debes ir á pasar unos días con tu padre.

Jua. Pero, mamá, si yo no quiero...

S. de Ors. ¡Tampoco yo lo quería, pero me han convencido! Evítame explicaciones y haz lo que no puedes dejar de hacer.

Jua. Está bién; haré lo que tú me mandas.

Tre. Gracias, señorita, en nombre del señor de Orsier.

Jua. ¿Y cuándo debo ir?

Tre. Mañana si es posible.

Jua. Puesto que no hay más remedio, cuanto antes mejor.

S. de Ors. Mi doncella la acompañará mañana. ¿Cuánto tiempo tendrá que permanecer allí?

Tre. Hasta fin de mes. Señora... Señorita... Caballero... (Saludan todos y vase Tremeaux.)

ESCENA X

SEÑORA DE ORSIER, JUANITA y EDUARDO. Después MAGDALENA

S. de Ors. (Tras una pausa.) ¡Pobre hija mía!

Edu. Tranquilícese usted, que las exageraciones á nada conducirían. Es muy posible que ese señor haya cambiado con los años, y tal vez sea verdadero sentimiento de padre, algo tardío, es cierto, pero de padre al fin, lo que le ha impulsado á reclamar sus derechos.

S. de Ors. ¡Imposible! Habla usted así, Eduardo, porque no le conoce.

Edu. Pues si es sólo un capricho de hombre ocioso, se cansará pronto y la dejará volver.

Jua. Tranquilízate, mamá, que no estaré allí una semana. Tú me conoces y sabes lo amable

que soy con las personas que no me inspiran simpatía. Estaré con él muy correcta, pero con mirarme á la cara tendrá bastante para rogarme que vuelva á mi casa. Lo que sí pienso pedirle es el consentimiento para mi boda.

Edu. ¿Ve usted cómo todas las cosas tienen un lado bueno? Así evitaremos tal vez dificultades.

S. de Ors. Durante estas tres semanas no podréis veros.

Edu. Yo las recuperaré después viniendo con mayor asiduidad de lo que pensaba, y si para ello he de retrasar un par de semanas mi viaje, no creo que los directores se opongan.

Mag. (En la puerta del comedor.) ¿Puedo servir la comida, señora?

S. de Ors. Sí, sí, vamos. ¡Lástima de contratiempo, porque éste hubiera sido un día feliz!

(Juana y Eduardo sonríen. Eduardo ofrece el brazo á la señora de Orsier y se dirigen los tres al comedor. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Salón en casa de Orsier. Habitación irregular. Una puerta al foro; en el ángulo de la derecha un balcón practicable por el cual se ve el jardín. Una puerta á la derecha y otra más pequeña á la izquierda. Frente á la puerta del foro, una mesa grande dorada y sobre ella recado de escribir, algunos libros y un teléfono. Delante de la mesa un sofá ó chaisse-longue. Una mesita á la izquierda; dos sillones y una pequeña estantería con libros. En el foro, entre el balcón y la puerta, una vitrina del mismo estilo de la habitación, con varios objetos artísticos, entre ellos un abanico antiguo de gran valor. Jarrones, cuadros, flores, etc. El mobiliario y decorado de gusto exquisito.

ESCENA PRIMERA

ORSIER, JOSÉ y más tarde PAULINA

Entra José con varios frascos de esencia y otros envoltorios

José ¿Es esto todo lo que traía el señor en el auto?

Carlos Sí; déjalo ahí sobre la mesa. (José lo deja.) ¿Han llegado las flores?

José Todavía no.

Carlos ¿Y la chaisse-longue?

José La están desembalando.

Carlos Que la suban en seguida. Es una hermosa antigüedad muy bien restaurada, que destino á la habitación que ha de ocupar mi hija. Cuentan que perteneció á madame de Pom-

padour. Colócala tú mismo. (José asiente. Pausa breve.) ¿Qué hueles?

José Estos frascos despiden un olor exquisito.

Carlos Es un nuevo perfume... la última creación de Morny. Me parece que en el tocador de una señorita hacen falta. ¿Has prevenido al portero?

José Sí, señor.

Carlos Ya sabes que no quiero que mi hija espere; en cuanto llegue la mandas pasar.

José No he olvidado ninguna de las instrucciones que me ha dado el señor.

Carlos Ah, oye: una cosa que no había previsto. Vendrá acompañando á mi hija una doncella, que será joven seguramente... y es posible que sea bonita. Nada de tonterías, ¿me has comprendido? En esto sí que sería inflexible.

José No tema el señor, que sabré cumplir con mi obligación. (Pausa.) Desearía también saber lo que he de decir á la señorita Paulina, si por casualidad viene á ver al señor.

Carlos Dila... No, no le digas nada. La mandas pasar al saloncito y me avisas.

José Si el señor me permite...

Carlos ¿Qué?

José No respondo de poder cumplir al pie de la letra el deseo del señor.

Carlos ¿Qué quieres decir?

José Si la señorita Paulina se resigna á esperar en el saloncito... perfectamente, no habrá dificultad; pero... si la señorita Paulina no quiere aguardar... Todo dependerá del humor que traiga la señorita Paulina.

Carlos ¿Qué hora es?

José Las seis y media.

Carlos A esta hora no vendrá.

José El señor sabe que no tiene hora fija. (Entra una doncella con dos ramos y vase.) Ya han llegado las flores.

Carlos (Examinándolas.) A ver, á ver... ¡Muy bien! Están á mi gusto. Son dos ramos monísimos.

José ¿Manda algo más el señor?

Carlos Nada ¡Ya estoy en funciones de padre! (Entra Paulina.) ¡Paulina!... (Sorpresa de Orsier y José que iba á salir. Vase José.)

ESCENA II

ORSIER, PAULINA y después JOSÉ

Paul. ¡Hola, Carlitos!... ¿Qué tal desde ayer?

Carlos Perfectamente, ¿y tú?

Paul. ¿Verdad que no me esperabas?

Carlos A esta hora, confieso que no.

Paul. Adivina á lo que he venido.

Carlos A buscarme para irnos juntos á comer.

Paul. Pues no, señor; te lo hubiera avisado. Tengo un proyecto.

Carlos ¿Un proyecto para hoy?

Paul. Una sorpresa.

Carlos ¡Diablo!

Paul. Comeremos aquí los dos solitos y después... adivina á dónde te llevo.

Carlos No sé...

Paul. A Monte-Carlo.

Carlos ¿A Monte-Carlo esta noche?

Paul. Sí; no te sorprendas. El rápido sale á las diez y cincuenta. Anoche me explicaron una combinación... y hay que probarla en seguida. Acabo de mandar reservar un sleeping...

Carlos ¿Qué?...

Paul. Apruebas la idea, ¿verdad?

Carlos ¡Ya lo creo!... Pero es el caso que... que á mí me aguarda otra sorpresa.

Paul. Me es igual.

Carlos Echa una mirada á tu alrededor. ¿No observas algo anormal?

Paul. (Reparando en los frascos y demás.) Pero, ¿qué es esto?

Carlos Tampoco adivinas, ¿verdad?

Paul. No.

Carlos ¡Claro! Es mi sorpresa. Espero á mi hija.

Paul. ¿Tu hija?

Carlos Sí. Dentro de un momento llegará.

Paul. ¿De modo que al fin has hallado á tu hija? ¿Dónde vivía?

Carlos No lo sé.

Paul. ¡Qué gracioso eres!

Carlos Verás. Esta mañana he recibido una esquela de mi abogado diciéndome: «Anoche tuve

el gusto de ver á su hija y á su madre, ambas accedieron á su deseo formal, por lo tanto, su hija irá á su casa de usted á eso de las siete de la tarde. Saluda á usted muy afectuosamente, etc. Tremaux.»

Paul. ¿Y no dice más?

Carlos ¡Es bastante para que no vaya contigo á Monte-Carlo!

Paul. ¡Que esto haya tenido que suceder precisamente esta noche!... ¡Y parece que te alegras! ..

Carlos Estoy contentísimo. Por ti, Paulina, sólo por ti lo siento; pero yo... créelo, estoy encantado de poder abrazar á mi hija.

Paul. ¡Tu hija!... Dime la verdad, ¿te acordabas de ella esta mañana cuando has recibido la esquela del abogado?

Carlos Hace un mes que conoces mi deseo.

Paul. Sí; me hablaste de ella, y no sólo á mí, á todo el mundo; fué un capricho que duró ocho días.

Carlos ¿Un capricho? Hija, tienes un modo de apreciar los sentimientos paternales ..

Paul. Pero qué graciosísimo vas á estar representando el papel de papá. ¡Papá! ¡Cómo me gustaría verte!

Carlos ¡No te rías, no! Hace tiempo que he pensado en ello...

Paul. ¿Has echado de menos á tu hija?

Carlos ¿Por qué no confesarlo?

Paul. ¿Después de dieciocho años de no verla?... ¡Te has acordado algo tarde!

Carlos ¿Qué tiene de particular? Tengo una hija á quien no conozco y quiero conocerla. La cosa no puede ser más natural. En lo sucesivo, pasará conmigo algunas semanas todos los años, y esto me distraerá.

Paul. ¡Ah! ¿De modo que lo que tú quieres es un entretenimiento? ¿Tanto te aburres?

Carlos No lo he dicho.

Paul. Si lo has pensado, es lo mismo. Es una galantería para mí y para todos tus amigos.

Carlos Pero, hija mía, si no va contigo. Ya sabes que á tu lado no me aburro nunca, pero estoy harto de los amigos, de mi colección de amigos, que son de lo más monótono que

hay en el mundo. Siempre los mismos chistes... siempre las mismas bromas... siempre las mismas juergas... ¡Vamos, es irritante!

Paul. Pues son todos muy alegres.

Carlos Sí; pero llegan á fatigar.

Paul. Lo mismo me sucedió con mi difunto marido: era de una monotonía aterradora.

Carlos Deja en paz á los difuntos. ¿Sabes cómo nos llaman á mis amigos y á mí? «La tribu de los *¿Qué vamos á hacer esta noche?*» ¡Estamos en ridículo! Ellos se aburren y yo también. El único que me distrae es Enrique.

Paul. Thouzery es mucho más joven que vosotros.

Carlos Sí; y muy correcto y muy agradable. (Llaman al teléfono.) ¿Quién?... ¿Quién?.. ¡Ah!... ¡Bondoit!... ¿Qué hay de nuevo?... Sí, sí, yo mismo. ¿Qué hay? ¿Qué... qué vamos á hacer esta noche? (A Paulina.) ¿No lo dije? ¡Ya está! (Al teléfono.) ¿Cómo?... ¡Imposible!... ¡No, no; imposible!... ¡Tengo un compromiso!... ¿Cuándo?... No lo sé... Varios días... No; no te molestes, ya iré por la tuya.

Paul. Dale muchos recuerdos de mi parte.

Carlos Paulina te saluda... Sí, si; está aquí... Ahora se marcha... Entendidos... Adiós. (Dejando el aparato.) ¡Vaya bendito de Dios!

Paul. Oye, ¿cuántos días vas á tener aquí á tu hija?

Carlos Hasta fin de mes; la ley no permite más.

Paul. ¿Tres semanas?

Carlos Diecinueve días sin contar hoy.

Paul. ¡Muy bien! ¡Magnífico!

Carlos Quiero dedicarlos por entero á mi hija.

Paul. Serán... tus vacaciones.

Carlos Bien; llamémoslas así.

Paul. ¿Y qué vas á hacer de mí durante este tiempo? Supongo que me presentarás...

Carlos No; eso sí que no, Paulina. Durante la permanencia de mi hija en esta casa... no te ofendas ni te enojes, pero te ruego que no vengas á ella. Yo iré á la tuya... iré todos los días.

Paul. ¿De modo que piensas cerrarme las puertas?

Carlos No son estas las palabras que he empleado yo, aunque vengan á decir lo mismo.

Paul. ¿Y cómo queda lo del viaje á Inglaterra que

debíamos emprender el veinticinco? ¿Supongo que no pretenderás que se retrase el cierre de la Exposición, porque tú alojas en tu casa á tu hija durante aquellos días?

Carlos Es natural que no lo pretenda y que ellos la cierren.

Paul. ¿De modo que no vamos?

Carlos De momento no. Prometo llevarte más adelante. (Llaman al teléfono.) ¿Quién será ahora? (Acudiendo.) ¿Quién es? ¡Ah! ¿Eres tú, Antonio?... ¿Qué es lo que vamos á hacer esta noche? (A Paulina.) ¡Otro de la tribu! (Al teléfono.) No, no, lo siento, pero me es imposible... enteramente imposible... No, mañana tampoco. Ya te escribiré esta noche cuatro letras explicándote el motivo... Perdóname ahora... estoy ocupadísimo. ¡Adiós! (Deja el aparato.) ¡Son irresistibles!

Paul. Quedamos en que lo único que por hoy te satisface es la llegada de tu hija.

Carlos Sí. Y me siento cambiado. Solo de pensar que va á venir, he tenido un día feliz y he llegado á la noche sin darme cuenta. He comprado varias cosas y he dado órdenes para que estuviera todo dispuesto. Es una novedad en mi vida, un cambio que me alegra, que me distrae...

Paul. A ver si esa alegria se convierte luego en tristeza; á ver si en lugar de procurarte distracción, te aburre. Tú no la conoces y la fantasía suele traer decepciones.

Carlos Me la imagino... como si la estuviera viendo.

Paul. Sí, yo también. Una jovencita modesta... mística... Una colegiala. Bien educadita, eso sí.

Carlos Su madre es rica y la habrá dado excelente educación. Y sobre todo, no eres tú quien debe juzgarla.

Paul. Hijo, sumado esto á las frases que me has dirigido anteriormente, resulta casi una grosería.

Carlos No tengo neeesidad de discutir lo que tú y yo desconocemos. Al fin y al cabo es hija mía y algo bueno sabré encontrarla.

Paul. Lo creo. Y hasta vas á enternecerte en cuanto la veas. ¡Pobre Carlos!

Carlos Sin sentir viva emoción, estoy impaciente por estrecharla en mis brazos.

Paul. Me gustaría presenciar la entrevista. ¡La primera entrevista! ¡Padre é hija abrazados! ¡Muy romántico, muy novelesco! No te veo aún actuando de padre.

Carlos Pues yo sí.

Paul. Vamos á ver, supongamos que estáis uno en frente de otro. ¿Qué vais á deciros? Anda, ensáyate... ¡papá!

Carlos ¡Vamos, Paulina, basta!

Paul. Pero hombre, dí qué es lo que vas á decirla, ya que me prohibes oirlo...

Carlos La diré lo que se me ocurra. Ya sabes que soy repentista.

Paul. ¿Y no tienes idea de si es bonita?

Carlos No.

Paul. ¿Sabes si es fea?

Carlos No lo sé y lo sentiría mucho. Te aseguro que lo sentiría. ¡Fea!... ¡No es posible!

Paul. En eso reconozco tu paternidad. (Los dos se ríen.)

Carlos ¿No te has incomodado conmigo por todo lo que te he dicho?

Paul. ¿Incomodarme? No hijo, no. (El la abraza.) Seriedad, mucha seriedad, que eres un padre de familia.

(Entra José.)

José Con permiso del señor, llevaré todo esto al cuarto de la señorita.

Carlos Sí, llévalo todo y disponlo todo. ¿Qué hora es?

José Las siete menos cuarto.

Carlos (A Paulina.) ¿Quieres que mi auto te acompañe?

Paul. Gracias, iré á pie. (Vase José.) ¿De modo que ya puedo marcharme?

Carlos No te enojes, pero...

Paul. Sí, sí, comprendido.

Carlos Mañana iré á verte. Hasta mañana.

Paul. Ya me contarás cómo ha sido la entrevista. Veremos lo que te habrás divertido.

Carlos Hasta mañana, Paulina mía.

Paul. (Con coquetería y bromeando.) Hasta mañana... papá. (Se ríen ambos y él la acompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

ORSIER solo, después JOSÉ

Carlos No puede tardar... Evidentemente estoy emocionado... y no hay motivo... (Nuevamente le llaman al teléfono.) ¿Otra vez?... ¡Maldito teléfono!... Será alguno de esos majaderos... ¡Ea, se acabó! (Deja sobre la mesa el auditor y cesa el timbre. Va á sentarse en uno de los sillones.) Espero á mi hija y no quiero interrupciones. (Entra José precipitadamente.)

José ¡La señorita!

Carlos (Levantándose.) ¡Que entre! (Vase José y entra Juanita, que viste como en el acto anterior.)

ESCENA IV

ORSIER y JUANITA

Carlos ¡Al fin, al fin! (Se dirige á ella alegre y decidido dispuesto á abrazarla, pero Juanita queda inmóvil sin atreverse á adelantar y él queda confuso.) ¡Ven á mis brazos, hija mía!

Jua. Caballero...

Carlos ¿Caballero?... Ah, no, esa palabra... llámame padre... ó papá, como prefieras. (Juanita no responde.) Es cierto que no nos conocemos. Yo solo guardaba de tí pequeñísimo recuerdo. ¡Eras tan niña!... Tenías poco más de un año cuando... ¡Cuántas veces me he preguntado!... ¿Estará muy crecida mi hija, será toda una mujer, será hermosa?... ¡Pero siempre veía aquella niña de pocos meses! (Pausa.) ¿No me dices nada? ¿Por qué fijas en el suelo tu mirada? La emoción, ¿verdad? No creas, yo también estoy emocionado. Ven, acércate, deja que te mire. (Se acerca.)

Jua. ¡Caballero!..

Carlos ¡Hermosa, muy hermosa, guapísima! (Juana da un paso atrás.) ¿Te doy miedo, acaso?

Jua. Sé que es usted mi padre y que tiene derecho á tenerme algunos días en su casa. Exi-

gió usted que viniera... he abandonado á mi madre... y aquí estoy.

Carlos Por lo visto, contra tu voluntad.

Jua. No me he separado nunca de mamá y...

Carlos Lo comprendo, hija mía, pero en fin, soy tu padre y... ¿Verdad que no has pensado nunca que lo tuvieras? Tu silencio es poco afectuoso para mí. (Pausa. Orsier, reparando en el saquito de mano.) Dame, dame ese saquito... ¿Dónde está tu equipaje? Supongo que habrás traido una maleta... un baúl...

Jua. No, aquí traigo lo indispensable.

Carlos ¿Has venido á pie?

Jua. Sí. La doncella me ha acompañado.

Carlos ¿Dónde está?

Jua. Ha vuelto á casa. Mamá la necesita de ella.

Carlos Luego, ¿no tienes doncella para tí?

Jua. No, señor, no la tengo. Ya sé que mi abuelo era muy rico, pero después de su muerte mamá se arruinó...

Carlos ¡Cómo! ¿Tu madre?...

Jua. Tenía yo entonces cuatro años.

Carlos ¿Y no le quedó nada?

Jua. Su renta es reducida, pero para nuestras necesidades nos basta.

Carlos Lo ignoraba. ¿De verdad, no os falta nada?

Jua. No. Vivimos con modestia... pero somos felices.

Carlos Sin embargo, yo soy tu padre y... en fin, ya hablaremos de eso otro día... y por ahora como no tienes doncella, quiero que la tengas. (Toca el timbre.) Quiero que mientras estés aquí, nada te falte. (Entra José.)

ESCENA V

ORSIER, JUANITA y JOSÉ; después ANITA

Carlos ¿Dónde está Anita?

José Concluyendo de arreglar la mesa.

Carlos Mándala que venga. (Vase José. Juanita ha echado una ojeada rápida á la habitación. El la sorprende.) ¿Estás examinando el salón? ¿Te gusta? Pues ya verás la casa. Confío en que te gustará. (Entra Anita.) Oiga usted, Anita, es preciso que

durante los días que mi hija permanezca en esta casa, sea usted su camarera. De la mañana á la noche estará usted solamente á su servicio José cuidará de todo lo demás.

Anita Antes de entrar al servicio del señor, fuí doncella de la señora condesa de Blois. Creo que la señorita quedará satisfecha.

Carlos Perfectamente. Acompañe usted á la señorita á su habitación. (A Juana.) Si no te gusta, lo dices francamente y le prepara usted otra. Puedes escoger.

Jua. La que usted quiera.

Carlos No olvides que estás en tu casa. (Anita coge el saquito de mano y Orsier se acerca á su hija.) No te entretengas demasiado, que antes de sentarnos á la mesa quisiera que hablásemos un rato.

Jua. ¿Vamos á comer pronto?

Carlos A las ocho, pero á pesar de que tendría verdadero gusto en hablar contigo... no quisiera violentarte... Eres absolutamente libre.

Jua. Muchas gracias por todo y hasta ahora.

Carlos Nada debes agradecerme.

(Juanita saluda y vase.)

ESCENA VI

ORSIER y después JOSÉ. Una larga pausa, durante la cual Orsier se pasea á lo largo del salón muy preocupado

Carlos Tal vez me resulte esto menos divertido de lo que yo creía. Su frialdad... pero es natural, no me conocía... Quizá la situación de su madre... pero no, ¿qué relación va á tener esto con?...

José (Entrando.) El señor Thouzery pregunta si el señor quiere recibirle.

Carlos ¿Thouzery?... Sí, ya lo creo. Mándale pasar.

(Vase José y entra uñ instante después Enrique.)

Enr. ¿Qué tal, mi querido amigo?

Carlos Buenas noches, Enrique.

Enr. Vengo del Consejo de Estado después de una sesión interminable. De no haber dejado de asistir á tantas, no hubiera ido á la de hoy, pero... qué remedio, ha sido preciso

aguantar el chaparrón. Y vengo á pedir algo. Supongo que me lo concederás.

Carlos Con mucho gusto. Pero ¿qué es de tu vida? no se te ve en ninguna parte.

Enr. Menos mal si me echas en falta. La verdad, estos últimos días he estado agobiadísimo. ¿Recuerdas á Niní?... (Gesto negativo de Orsier.) Sí, hombre, Niní, la que trabajaba en el Châtelet.

Carlos Ah, sí, ahora recuerdo... Pero si todo terminó entre vosotros...

Enr. En efecto, terminó... Pero es el caso que... la semana última nos encontramos casualmente... ella se acercó, me dijo...

Carlos Vamos, sí, que te ha impedido asistir á las sesiones del Consejo de Estado.

Enr. No andas muy lejos de la realidad. Por cierto que me ha hablado de ti.

Carlos ¡Ah!

Enr. Ayer me decía... ¿Qué se ha hecho de tu amigo, aquel caballero tan simpático, tan chic y tan correcto con las mujeres?... Ella no recordaba tu nombre, pero al fin comprendí que se trataba de mi amigo Orsier.

Carlos (Orgulloso.) Recuerdo que era muy monina... muy simpática...

Enr. Un día la invitaste á comer aquí en tu casa conmigo.

Carlos Y luego no vinísteis.

Enr. No sé lo que nos impidió venir. Ahora volvemos á ser amigos: hemos hecho las paces... ¿Comes en casa?

Carlos Sí.

Enr. ¿Con Paulina?

Carlos No.

Enr. Pues venimos esta noche á tomar café.

Carlos Hoy precisamente...

Enr. No digo á comer, porque no tendrías comida dispuesta.

Carlos Chico, lo siento mucho, pero... Si lo hubieras dicho ayer...

Enr. ¿Por qué ayer y hoy no?

Carlos Porque no me es posible recibiros esta noche, es decir, recibir á Niní.

Enr. Hombre...

Carlos No estoy solo.

Enr. ¡Hola! ¿Se la pegas á Paulina también?

Carlos Nada de eso.

Enr. Vamos, sinceridad, que no voy á contárselo. ¿Es guapa?

Carlos No se trata de lo que tú te figuras.

Enr. ¿Alguna princesa?

Carlos No, ni mucho menos.

Enr. ¿Alguna fregona? Pero eso sería indigno de ti.

Carlos No. Hoy como con mi hija.

Enr. ¿Tu... tu hija? ¿Pero cómo, tú tienes una hija? ¿Desde cuándo?

Carlos Desde hace... quince minutos. Tengo una hija de diecinueve años.

Enr. ¡Tiene gracia!

Carlos ¿No sabías que estaba casado?

Enr. En efecto, te he oído contar que te separaste de tu mujer hace muchos años... ¡Es curioso! Nada nos dices y se presenta aquí de improviso una hija tuya...

Carlos No se presenta: la he reclamado á su madre por unos días y... y acaba de llegar.

Enr. ¡Si no lo oyera de tus propios labios no lo creería! ¿Y estás contento?

Carlos Algo más que contento, turbado, emocionado es lo que estoy.

Enr. ¿Por qué?

Carlos ¡El principio es más costoso de lo que yo me figuraba! No ha puesto ella nada de su parte... Ha estado muy fría...

Enr. No podías esperar que sin conoceros se echara en tus brazos y empezara á besarte. ¡Qué cosas tienes!

Carlos Claro que no, pero entre eso y lo otro un abismo.

Enr. No hubiera sido lógico.

Carlos Yo esperaba menos frialdad de su parte. No ha querido llamarme papá ni una sola vez. Siempre... «Caballero...» Casi no me atrevía á tutearla.

Enr. Ya se irá acostumbrando.

Carlos Es posible.

Enr. Con el tiempo...

Carlos ¡Con el tiempo! Solo puedo tenerla tres semanas conmigo. Vamos, yo no sirvo para hablar á las muchachas solteras.

Enr. Bien, el caso es que la impresión tuya ha sido buena.

Carlos Lo ha sido. Físicamente es monísima.

Enr. Entonces, aunque sea tu hija, tienes mucho camino adelantado.

Carlos La pobre vive con su madre muy modestamente.

Enr. Y tú...

Carlos Ya comprenderás que lo ignoraba.

Enr. Bueno, no hay que preocuparse. Dentro de cuatro días sois los mejores amigos del mundo. Conque... ya que no vamos á pasar juntos la velada, voy en busca de los demás compañeros. ¿Tú sabes adónde van esta noche?

Carlos Creo que comen en casa de Lolotte que obsequia con una gran fiesta á sus amigos. ¿Cómo no vas tú?

Enr. Es posible que en casa tenga la invitación. Como desde anteayer no he estado allí... ¿Por qué no vas tú también? Seguramente que tu hija comerá mejor sola.

Carlos ¿Dejarla yo el primer día de estar en casa? No; eso sí que no.

Enr. ¿Quieres creerme á mí? Me parece que esta visita de la hija desconocida es romanticismo puro. Que durante tantos años la hayas tenido olvidada, es falta imperdonable; pero que ahora la traigas aquí, á tu lado, es otra falta más imperdonable que la primera.

Carlos No opino como tú.

Enr. Ya opinarás. ¿No está ella mejor en casa de su madre? ¿Pues por qué no la dejas allí tranquila? ¿Vas ahora á renunciar á divertirte ó quieres meterte fraile? ¡Vamos, vente conmigo! ¡Vamos á casa de Lolotte! ¿Qué te detiene?

Carlos Me detiene... Ahora que he visto á mi hija no quiero separarme de ella y hoy mucho menos. Es mi huésped y debo atenderla. Su seriedad, su recogimiento, su modestia... me ha causado grata impresión. Confieso que hubiera querido estrecharla en mis brazos... pero comprendo también, que su actitud es natural... digna... Estoy ante un ser desconocido y la curiosidad se ha apodera-

do de mí... y quién sabe si llegaré á querer mucho á esa hija, que tarde conozco. ¡Después de todo... es mi hija!

Enr. Veo que es inútil. ¡Allá tú! Yo me marcho, porque Niní me espera y estará de un humor... Adiós... (Se despide y se dispone á salir.)

Carlos Oye una cosa. (Enrique se detiene.) Si yo te pidiera algo... ¿me lo negarías también?

Enr. ¡Me gusta la pregunta! Según.

Carlos Deja á Niní que coma sola esta noche y quédate tú con nosotros.

Enr. ¡Hombre!...

Carlos No es tan mala la proposición. Al fin y al cabo tú venías dispuesto á pasar aquí la velada.

Enr. Es una proposición difícil de aceptar...

Carlos Con franqueza, es un favor que he de agradecerte. Esta comida íntima, padre é hija solos aquí, casi sin conocernos... va á resultar para los dos violentísima, y con tu presencia... Te quedarás, ¿verdad?

Enr. ¡Tendría gracia que viniendo yo á proponerte traer á Nini esta noche, me quedara á comer con vosotros y sin ella! ¡Tienes unas salidas!...

Carlos Quédate.

Enr. Pero ¿y Niní?

Carlos Nada más sencillo. Ahí tienes el teléfono: la llamas y... No temas, que no perderá la noche y asistirá á la fiesta de Lolotte.

Enr. ¿Tienes realmente mucho interés en que me quede?

Carlos Mucho. Y me prestarás un señalado servicio. La conversación entre los tres será más animada... Mira, ahora mismo bajará y te presentaré. Así rompemos el hielo antes de la comida. Ya viene.

ESCENA VII

DICHOS y JUANITA

Jua. Me ha pedido usted que bajara en seguida y quizá estorbo...

Carlos Al contrario. Ese señor es uno de mis mejo-

res amigos y precisamente estábamos hablando de ti. Don Enrique Thouzery, Auditor del Consejo de Estado. La señorita Juana Orsier, mi hija.

Enr. Señorita... tengo un verdadero placer en ser el primero de los amigos de su padre de usted que estrecha su mano.

Jua. Caballero...

Carlos Sentémonos.

Enr. (A Orsier al sentarse.) ¡Es lindísima!

Carlos (Bajo, á Enrique.) ¿Verdad que sí? (A Juanita.) El señor Thouzery nos hace el honor de acompañarnos á la mesa esta noche. (Pausa difícil.)

Enr. ¿Conque ha llegado usted hoy á esta casa, señorita?

Jua. Sí, señor, hace media hora.

Enr. ¿Luego no la ha visitado usted todavía?

Jua. No, señor, todavía no.

Enr. ¡Es una verdadera joya!

Carlos Luego la verás. Tengo algunos objetos realmente artísticos... ¿Y tu habitación, te parece confortable?

Jua. Mucho.

Carlos ¿Con cuál te has quedado?

Jua. Con la que usted me destinaba. (Otra pausa difícil.)

Enr. Su padre de usted, señorita, está contentísimo de su visita.

Carlos Sí, pero á condición de que te guste mi compañía y lo estés también tú. Yo, por mi parte, prometo hacer cuanto pueda por complacerte... y por hacer más llevadera tu estancia aquí. Irás conmigo á todas partes. ¿Te gustan los teatros? ¿Y la Opera? Te llevaré á la Opera.

Jua. Como usted quiera.

Enr. Será necesario pedirle á su padre de usted que organice aquí alguna fiesta en su honor, señorita. El sabe divertirse... es joven todavía... (A Orsier.) Debes dar un baile, ó mejor aún, una garden-party. (A Juanita.) El jardín es un verdadero parque. ¿Le gusta á usted el campo? El tennis, los juegos al aire libre... (Juanita no sabe qué contestar.)

Carlos Sí, sí, el tennis te gustará seguramente.

Jua. No lo he jugado nunca.

Enr. ¿No? Pues debe usted aprenderlo, es un juego muy bonito para una señorita. (Pausa, Aparte.) Es lindísima, pero... ¡qué lástima tan sosa!...

Jua. (Aparte.) ¡Por qué habré venido yo á esta casa!

Carlos (Aparte.) ¡Señor, qué difícil es empezar! (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del anterior.

ESCENA PRIMERA

ORSIER, sólo. Después, JOSÉ, y más tarde, ANITA. Al levantarse el telón, Orsier lee sentado en el sofá. Está distraído y preocupado. Un instante después se levanta, da algunos pasos, consulta el reloj, se encoge de hombros, toma un libro de encima de la mesa y se entretiene en cortar sus hojas. De pronto tira el libro, se levanta impaciente y toca el timbre. Entra José

Carlos Di á la señorita que si puede, me haga el favor de bajar.

José Al momento, señor. (Vase José. Orsier corta nuevamente las hojas del libro. Entra Anita.)

Carlos ¿Ocurre algo? ¿Le ha dicho José á la señorita que haga el favor de bajar?

Anita Sí, señor.

Carlos ¿Por qué no baja?

Anita La señorita dice que siente muchísimo no poder complacerle, pero tiene jaqueca.

Carlos Dígala usted que deseo hablarla y que la ruego haga un pequeño esfuerzo por complacerme. Para la jaqueca que tome antipirina.

Anita Se lo diré, señor. (Vase Anita. Orsier sigue cortando las hojas del libro.)

Carlos ¿Por qué se negará á bajar esa chiquilla? (Pausa.)

ESCENA II

ORSIER y JUANITA. Juanita viste como en los actos precedentes

Jua. ¿Me ha mandado usted llamar, papá?
Carlos Sí, hija mía.
Jua. Dispense usted que haya tardado, pero... tengo jaqueca y...
Carlos ¿Tienes jaqueca?
Jua. Sí.
Carlos ¿Por qué no tomas antipirina?
Jua. No me alivia nunca.
Carlos Es raro. (Pausa breve,) Si he insistido en que bajaras, aun á trueque de molestarte, es porque deseaba hablar contigo.
Jua. Pues cuando usted quiera...
Carlos Mira, te suplico ante todo, que no tomes ese aire de resignación que tan mal te sienta. Prefiero verte risueña... Precisamente de tu actitud, vamos á hablar.
Jua. ¿De mi actitud?
Carlos ¿Te sorprende? Ya veo que la sorpresa es relativa. Tu comprendes, hija mía, que esta situación no puede prolongarse. Es indispensable que medien explicaciones claras y francas...
Jua. Pero si yo...
Carlos Hace cinco días que estás aquí.
Jua. Seis.
Carlos Razón de más, porque has tenido sobrado tiempo de reflexionar. Yo sé que tienes sentido común y meditas lo que haces. Pues bien, después de seis días de permanencia en esta casa, estás conmigo tan indiferente como cuando llegaste... y eso no es natural. Veamos por qué. ¿Tienes algo que decir de mi proceder contigo? El sólo deseo de conocerte, de tenerte á mi lado, ¿no es una prueba de simpatía .. de delicadeza? ¿No he hecho todo lo humanamente posible para hacer agradable tu estancia en esta casa? Te ofrezco gustoso distracciones que no habías tenido hasta ahora, te apunto deseos, solo

para tener el gusto de satisfacerlos después, no me separo de tu lado en todo el día; no me canso de buscar nuevas conversaciones, á fin de llegar por algún camino á tu corazón... á tu espíritu por lo menos, pero... nada te distrae, nada ambicionas, nada respondes. «Sí... no... sí, papá... no, papá...» Eso sí, siempre correcta, respetuosa... pero glacial. Dime tú ahora ¿qué es lo que debo hacer, si es que lo sabes, para ganar tu cariño? ¿No soy como tú deseas? ¿Tienes alguna queja? Dilo francamente, que no voy á incomodarme, por el contrario, á enmendarme.

Jua. (Rápido.) No, no, ninguna.

Carlos ¿Lo ves? Dices que no... y lo has dicho con espontaneidad. Algunas veces creo yo que vas á abrir tu corazón y, sin embargo, me engaño: continúa cerrado, impenetrable. En este mismo instante... (Acercándose á ella.) ¿No estás contenta con los sombreros que te ha traído la modista? ¿Los trajes que te probaron y que van á traerte hoy no te gustan? Yo los encuentro preciosos y sentiría que á ti no te gustaran. Ya me tarda verte vestida más alegre. ¿Quieres que el domingo vayamos al Concierto? ¿Te gusta la música?

Jua. Mucho.

Carlos Tanto mejor. También te llevaré mañana á recorrer las principales joyerías y te compraré lo que más te agrade. Quiero que luzcas algunas joyas.

Jua. No, papá, no, se equivoca usted conmigo. Yo nada ambiciono, nada quiero. Deseo vivir aquí retirada el tiempo que falta...

Carlos ¿Para marcharte? (Juanita calla.) ¿Y no ambicionas otra cosa?

Jua. No.

Carlos Está bien. Pues yo quiero pedirte algo á mi vez: que cambies por completo tu expresión, que rías y que estés alegre. No me sorprendió tu actitud el primer día, yo mismo estaba emocionado. Te esperaba con impaciencia y con alegría y de seguir así... ¿por qué no decirlo?... ¡va á pesarme tu venida!

Jua. No lo tome usted á mal. Soy algo encogida, no he vivido en sociedad... Esté usted segu-

ro que he de hacer cuanto pueda por verle contento.

Carlos Te creo y precisamente hoy tendrás ocasión de probarlo. Quiero reanudar antiguas relaciones y he invitado á algunos amigos, con el pretexto de presentarles á mi hija. (*Movimiento de Juanita.*) Quisiera que estuvieras deferente con ellos... alegre... Tú eres bonita y te será muy fácil ganar su simpatía desde el primer momento. Hoy harás las veces de ama de la casa. ¿Puedo contar contigo?

Jua. ¿Pero esta noche?...

Carlos Sí; esta noche. La modista ha prometido traerte los vestidos y se le ha recordado por teléfono. Te pondrás el de soirée, por supuesto, y mañana el de calle. ¿Qué tienes? (*Juana no sabe que decir.*)

Jua. Yo le ruego á usted que no me obligue á asistir á esta comida. Se trata de gentes que no conozco...

Carlos Así las conocerás. Es gente distinguida...

Jua. No lo dudo, pero no estoy acostumbrada... Permítame que por esta noche coma sola en mi habitación.

Carlos ¿Pero sabes lo que dices?

Jua. Se lo ruego á usted y mañana, solos los dos, verá usted como estaré alegre, muy alegre.

Carlos ¿De modo que yo invito á mis amigos á una comida para presentarles á mi hija y ella va á comer sola en su habitación? ¡Muy bien, admirable! ¿No comprendes tú que sería ridículo? No, hija, no, comerás con nosotros. (*Anita ha entrado y espera junto á la puerta.*) ¿Qué quiere usted, Anita?

Anita Esta carta... (*Presenta á Juana una bandeja de la que ella toma una carta, lee el sobre y se estremece.*)

Carlos Puedes leer, hija mía.

(*Vase Anita.*)

Jua. ¿Me lo permite usted?

Carlos ¡Ya lo creo! (*Juana abre el sobre con alegría y lee. Poco á poco va desapareciendo su alegría y su cara toma expresión de tristeza. Terminada la lectura, queda preocupada y llorosa.*) ¡Cómo! ¿Lloras?

Jua. Es de mamá.

Carlos No lo dudo, pero no es motivo... Mejor se-

ría que tu madre no te escribiera. (Pausa.) ¿Supongo que no serán malas noticias?... ¿Está acaso enferma tu madre?

Jua. No.

Carlos Pues no hay motivo para llorar. Es natural que ella esté triste... Tampoco conserva de mí buen recuerdo... (Movimiento de Juana.) Siento tener que hablar de estas cosas... pero tú me fuerzas á ello. En fin, tres semanas se pasan de cualquíer modo, ¡qué diantre!

Jua. (Suplicante tras una pausa.) ¡Papá!...

Carlos ¿Qué quieres?

Jua. Padre mío, yo quisiera...

Carlos Habla, mujer, habla; precisamente lo que quiero es que hables.

Jua. ¿Promete usted no incomodarse?

Carlos Te lo prometo.

Jua. (Con timidez.) Sea usted bueno y no me niegue usted un favor.

Carlos (Satisfecho.) ¿Qué voy á negarte yo? Pide, pide lo que quieras.

Jua. Déjeme usted volver al lado de mi madre. (Orsier sufre una gran decepción.)

Carlos ¿Qué dices?

Jua. Nada tengo que decir de usted, se lo juro... Ignoro cuanto en algún tiempo sucedió entre ustedes y prefiero seguir ignorándolo, pero... de lo que no puedo dudar, es de que mamá sufre mucho con mi separación. ¿Y si esto hace sufrir tanto á mamá, puede constituir una alegría para usted? Usted mismo teme que pueda pesarle mi venida. ¿Por qué, pues, tiene usted empeño en que me quede?

Carlos ¿Has meditado bien tus palabras?

Jua. Sí y lo que quiero es que no haga usted sufrir á mamá. ¡Hace tantos años que viven ustedes separados!... Y no es eso solo...

Carlos ¿Ah?...

Jua. El día que fueron á reclamarme por encargo de usted... habían pedido mi mano.

Carlos Eso no me lo habías dicho. ¿Y quién es él?

Jua. Un antiguo conocido nuestro...

Carlos ¡Hola! ¿Conque enamorada también?

Jua. Convinimos en que aprovechando mi estan-

cia en esta casa, pediría á usted el consentimiento, pero... desde que he llegado, me hallo aquí tan... vamos, que no me he atrevido á decirlo hasta ahora. ¿Verdad que será usted bueno conmigo? ¿Verdad que no me dejará usted salir sin su consentimiento?

Carlos ¿De modo que me niegas á mí cuanto te pido y en cambio tu abres la llave á las peticiones? (Pausa.) Lo que acabas de decirme es grave y en algo modifica la situacíón.

Jua. ¿Verdad que me permitirá usted volver con mi madre?

Carlos Poco á poco, muchacha. El resumen de cuanto has dicho, es que tu madre sufre tan solo por que estás á mi lado; que tú sufres por idéntico motivo; que tu prometido está triste porque no ve á su prometida, de todo lo cual deduzco, que lo que yo creía una sencilla cuestión de actitud, de forma, lo es de sentimiento, de fondo, que es mucho peor. Está bien. Yo no soy ni he sido nunca malo, ni egoísta, he sido algo ligero quizá, quizá no he sido comprendido, pero como yo no quiero sacrificar á nadie...

Jua. (Con alegría.) ¿De modo que me permite usted?...

Carlos Renuncio á todos mis derechos y te dejaré volver al lado de tu madre.

Jua. ¡Oh, gracias, gracias, qué bueno es usted!

Carlos Sí, pero impongo una condición: que asistas á la comida que doy en tu obsequio y mañana... mañana si no mudas de pensamiento, podrás marcharte. (Juana calla.) Debes reconocer que mi sacrificio es mucho mayor que el tuyo. ¿Estamos de acuerdo? Irás, pues, á vestirte y procura desempeñar lo mejor que sepas tu papel.

Jua. (Con franca sonrtsa.) De acuerdo. ¡No sabe usted lo contenta que estoy!

Carlos ¡Y no sabes tú lo que me alegra ver tu cara en estos momentos!

(Entra José.)

ESCENA III

ORSIER, JUANITA y JOSÉ

José La modista acaba de mandar los trajes de la señorita. Hay también una visita...

Carlos ¿Una visita... para mí?

José La señorita Paulina que insiste en ver al señor.

Carlos (Rápido después de observar á Juana.) Está bien, la recibiré. (A Juana.) Hija mía, anda á vestirte. ¡Un poco de valor y de buena voluntad!

(Vase José.)

Jua. ¡Buena voluntad... sí! ¡Valor!... Hasta ahora. (Amable.)

Carlos Hasta ahora.

ESCENA IV

ORSIER y PAULINA

Carlos (Abriendo la puerta.) Adelante.

Paul. (Entrando.) ¡Hola, Carlos! Oye, ¿qué es eso de encerrarse para las visitas íntimas?

Carlos ¡Qué tontísima eres!

Paul. ¿De verdad estabas con tu hija?

Carlos ¿Con quién iba á estar?

Paul. ¡Qué sé yo! ¿Y por qué se ha marchado si era tu hija? Me hubiera gustado mucho conocerla.

Carlos Prefiero que no la conozcas.

Paul. Continúas tan fino. Muchas gracias.

Carlos No te ofendas, pero ya te lo dije.

Paul. No. Y dime una cosa. ¿Qué tal anda esa luna de miel paternal?

Carlos No todo lo bien que quisiera.

Paul. ¡Ah! ¿conque ya pareció aquello?

Carlos ¿Qué quieres decir?

Paul. ¡Pobre Carlitos! Te lo pronostiqué. No es tan fácil ser padre.

Carlos ¡Acabaré por creer que tienes razón!

Paul. Cuéntame lo que ha ocurrido.

Carlos ¡Lo que menos podía esperar!

Paul. No te quejarás. Tú eres aficionado á las sorpresas... Dí, que estoy impaciente por saberlo.

Carlos No te rías: compadéceme.

Paul. Pues te compadezco, pero di.

Carlos Me ha rogado que la deje volver al lado de su madre.

Paul. ¡Oh! ¿Y tú la has dicho?...

Carlos La he dicho que sí: se marcha mañana.

Paul. ¿De veras?

Carlos ¡De veras!

Paul. ¿Para no volver?

Carlos ¡Para no volver!

Paul. ¿Y á qué se debe tal determinación?

Carlos Se debe... Dejó á su madre desconsolada, supongo yo que al solo recuerdo de que iba á estar conmigo, con aquel ser abominable, porque para ella yo debo ser el demonio.

Paul. ¡Qué tontería! Pues no le doy la razón á la niña.

Carlos ¿Verdad que no? Pero es el caso que también tenemos á un novio de por medio y un novio formal.

Paul. ¿Con que novio también? ¡Mire usted con lo que sale la niña! ¡Comprendo que hubieras podido luchar con la madre, pero con el novio!... ¡Cuando anda el amor de por medio!...

Carlos Así lo he considerado y he pensado también lo desagradable que debe ser, soportar durante tres semanas á una persona que te pone constantemente cara seria y se pasa el día aburrida y de mal humor.

Paul. Te felicito por la solución del problema. Estoy de acuerdo contigo. Y ahora, despejada la situación, ¿estás contento?

Carlos Mira, no sé si estoy contento ó si voy á estarlo menos que antes.

Paul. Pues te aseguro que yo estoy contentísima. Ya estoy de nuevo en casa de Carlos, de mi... papaíto. ¡Seis días hace que no nos vemos!

Carlos Poco más de seis días.

Paul. ¿Y durante ese tiempo te has acordado de mí?

Carlos Mucho.

Paul. He visto casi todos los días á tus amigos, á Bondoit, á Bebé y señoras.

Carlos ¡La tribu! Oye, ¿saben ya qué hacer por las noches?

Paul. Bondoit se queda en casa.

Carlos ¿Desde cuándo?

Paul. Desde ahora: prescripción facultativa. Su médico ha descubierto que está diabético. Tiene cincuenta libras de azúcar.

Carlos No, mujer, gramos.

Paul. Para el caso es lo mismo. Oye, no creas que se me ha olvidado el proyecto de ir á Monte Carlo. Ayer se ensayó la combinación en casa de Bebé: Libre ya, podemos emprendar el viaje en seguida.

Carlos ¿Tienes mucho interés en ir á Monte-Carlo?

Paul. Mucho. Y además, á ti te conviene. Después de una decepción paternal, no hay nada como un viaje y un cambio de aires. ¿Convenido?

Carlos Como tú quisras.

Paul. Ahora te reconozco, vuelves á ser el que fuiste. Esta noche como con la tribu, excepto Bondoit, ¡pobrecito! (Orsier calla y queda pensativo.) ¿Qué tienes? ¿Estás filosofando?

Carlos No, pero... va á bajar mi hija y...

Paul. Habla más claro, ¿para qué vas á gastar cumplidos conmigo? Di que quieres que me marche.

Carlos Será lo mejor. Mañana nos veremos: hoy imposible.

Paul. No vaya á suceder lo que la otra vez, que prometista ir á verme y no fuiste.

Carlos Palabra que nos veremos.

Paul. Está bien: me marcharé. Ya ves que soy obediente. Salgo por tu despacho para tomar un libro. He terminado hoy la novela que leía. Conque... hasta mañana.

Carlos Hasta mañana.

(Vase Paulina.)

ESCENA V

ORSIER solo, después JUANITA y JOSÉ: luego ENRIQUE

Carlos ¡Monte-Carlo!... ¡La ruleta... los croupiers... las cocottes... qué asco! No, no iré, decididamente. (Entra Juanita por el foro en traje de soirée. Orsier al verla lanza una exclamación de sorpresa, de admiración y de alegría. Pausa,) ¡Oh, precioso, estás hermosísima! ¡Ese traje te sienta maravillosamente! (Juana queda en el centro de la escena algo sofocada. Orsier da una vuelta á su alrededor contemplándola.) Y ahora que llevas tan preciosa toilette dime: ¿es tan grande el sacrificio?(Juana sonríe sin responder.) Imposible que ninguno de mis invitados pueda sospechar que voy á presentarles semejante belleza. Te aseguro que el éxito será completo. (Entra José.)

José El señor Thouzery.

Carlos Que entre.

(Abre José la puerta del saloncito contiguo y entra Enrique, marchándose José. Enrique queda sorprendido.)

Enr. Señorita... Buenas tardes, mi querido amigo. (A Juanita.) Permítame usted que la felicite, señorita: está usted encantadora. (Juana sonríe ccn cierta coquetería.) Vengo á decirte que sintiéndolo mucho, no me será posible comer hoy con ustedes.

Carlos ¿Pues qué ocurre?

Enr. Estoy invitado en casa del Presidente del Consejo de Estado y me es imposible eludir el compromiso. Sin embargo, á las diez quedaré libre y prometo pasar aquí la velada.

Carlos Perfectamente. No olvides que esperamos y ven cuanto antes. No me despido. Con tu permiso...

Enr. Si es que me marcho en seguida.

Carlos No lleves tanta prisa y deja que me vista en un momento. (Por Juana.) Verdad que ese traje la sienta admirablemente. (Vase.)

ESCENA VI

JUANITA y ENRIQUE

Enr. Me permito augurarla para esta noche un verdadero *succés*.

Jua. (Rápido.) ¡Cuánto me alegro! Y no crea usted que por mí, por mi padre, que concede excepcional importancia á esta comida.

Enr. Debe usted alegrarse por él, pero también por usted, señorita. A todas las muchachas, aún á las más modestas, las satisface un éxito personal.

Jua. A mí no, porque precisamente mañana...

Enr. ¿Qué?

Jua. Me marcho de esta casa.

Enr. (Sorprendido.) ¿Mañana?

Jua. Sí.

Enr. ¿Tan pronto?

Jua. ¡Ya lo ve usted!

Enr. (Lamentándolo.) No es posible. Si acaba usted de llegar. Solo he tenido tiempo de verla á usted tres veces: el día de su llegada, anteayer y ahora. ¿Por qué se marcha usted tan pronto? No, perdón; veo que la pregunta es indiscreta y no tengo derecho á hacerla.

Jua. ¿Por qué no? Si usted no cree tenerlo yo se lo concedo y voy á satisfacer su curiosidad. Porque mi novio...

Enr. (Rápido.) ¿Su novio? ¿Ah, pero tiene usted novio?

Jua. Parece que se sorprende usted.

Enr. Al contrario, no; lo encuentro natural, naturalísimo, pero lo ignoraba. (Pausa.) ¿De modo que tiene usted novio?

Jua. Sí, señor; y por eso papá me permite volver á mi casa.

Enr. ¡Lo comprendo! Sin embargo, es curioso...

Jua. ¿Qué?

Enr. Estaba yo tan convencido de que pasaría usted aquí tres semanas por lo menos... Y como yo vengo con frecuencia á esta casa

para ver á su padre de usted, creía poder tener el gusto de... de hablar con usted algunas veces. Permítame, pues, que exprese mi contrariedad por esta nueva.

Jua. Ya comprende usted lo que me alegra volver al lado de mi madre, de quien no me he separado nunca...

Enr. Y de su novio, dígalo usted.

Jua. También. Y á pesar de la alegría que esto me produce, siento no poder tener el gusto de ver á usted y de hablar con una persona que he conocido en esta casa y por la cual siento simpatía...

Enr. ¿Nada más?

Jua. ¿Le parece á usted poco?

Enr. Si siente usted realmente lo que dice, me parece bastante.

Jua. No lo diría si no lo sintiera.

Enr. ¿Y decididamente no hay arreglo? ¿No podrá convencerla á usted su padre, ni podré convencerla yo de que debe usted quedarse aquí algunos días más?

Jua. Es difícil.

Enr. ¿Pero no imposible?

Jua. Casi imposible.

Enr. ¡Qué lástima! Lástima para mí, porque usted tiene novio... Diga usted, ¿y es oficial?

Jua. ¡Ya lo creo! Precisamente el día antes de venir pidió mi mano.

Enr. Comprendo lo contrariadísimos que deben estar ustedes, especialmente él, porque juzgando por mí, debe de hallarse al lado de usted perfectamente. (Pausa.)

Jua. (Dando un giro á la conversación.) ¿Y viene usted con frecuencia á ver á mi padre?

Enr. Es uno de mis mejores amigos, á pesar de la diferencia de edad...

Jua. Usted es mucho más joven.

Enr. Tengo treinta y cuatro años.

Jua. Muy joven todavía.

Enr. Y usted, señorita, ¿qué edad tiene? Ay, perdóneme usted, otra indiscreción...

Jua. Nada de eso. Tengo... ¿A ver, á ver si lo adivina usted?

Enr. (Sin quitarle ojo.) Pues... no adivino..- (Ambos se contemplan unos instantes y acaban por echarse á reir.)

Jua. A ver, á ver; ¿cuántos me echa usted?

Enr. Diecinueve.

Jua. ¡Bravo! Lo ha acertado usted.

Enr. ¡Ya lo creo que sí! Su padre de usted me lo dijo.

Jua. ¿Entonces, por qué me lo ha preguntado usted?

Enr. (Riendo.) Para tener el gusto de que me lo hiciera usted adivinar.

Jua. ¡Qué buen humor tiene usted!

Enr. Así suelo tenerlo siempre. Es raro verme de mal humor. ¡Reir, reir cuanto sea posible La vida es naturalmente triste y debemos alegrarla.

Jua. Es verdad, pero yo no tengo ocasión de estar nunca alegre.

Enr. Me gusta que lo confiese usted, y aún me figuro que lo cree. Las pocas veces que la he visto á usted, la he hallado seria, grave, con seriedad impropia de sus diecinueve años. Hoy quizá, es el día en que se ha mostrado usted más expresiva. ¿Por qué no es usted así siempre?

Jua. Yo no puedo juzgarme.

Enr. Es una manera discretísima de eludir la respuesta. Pues yo, aunque me vea usted alegre, también tengo momentos de relativa seriedad.

Jua. ¡Ah!...

Enr. ¿No lo cree usted?

Jua. Lo creo porque usted lo dice.

Enr. ¡Cómo la sorprendería á usted verme en una de las sesiones del Consejo de Estado!

Jua ¿Pero usted es del Consejo de Estado?

Enr. Sí, señorita; auditor.

Jua. Explíqueme usted qué cargo es ese. Yo ignoro lo que es el Consejo de Estado.

Enr. Es un lugar muy serio en donde se reunen varios consejeros y se ocupan de la legislación.

Jua. ¿De modo que allí hacen ustedes las leyes?

Enr. No, señorita; las leyes las hacen los diputados.

Jua. ¡Qué tonta y yo que creía que las deshacían con sus discusiones! Pues entonces, ¿qué es lo que hacen ustedes?

Enr. Examinarlas.

Jua. ¿Ah, vamos, corrigen ustedes los temas?

Enr. (Riendo.) Algo hay de eso. Ya comprenderá usted que la cosa es seria.

Jua. ¿Y le interesa á usted mucho?

Enr. Mucho. Y trabajo con verdadera fe. ¡Escribir... hablar... aconsejar... ¡esto es mi vida!

Jua. ¡Bonita carrera!

Enr. A mi edad no puedo quejarme. Soy ambicioso; espero llegar más arriba.

Jua. Y llegará usted.

Enr. Es usted muy amable y me complace en extremo que tenga usted fe en mi porvenir.

Jua. Papá sólo elogios tiene para usted.

Enr. Su padre es excesivamente amable é indulgente conmigo.

Jua. Le quiere á usted mucho.

Enr. Y yo correspondo con un gran afecto, un cariño sincero.

Jua. ¡No sabe usted cuánto me alegro! Mi padre necesita tener cerca alguna persona desinteresada... ¡Está tan solo!

Enr. ¡Tiene usted razón, señorita! Usted conoce el mal, ¿quién mejor que usted para aplicar el remedio? Su padre es débil, se deja llevar por cualquiera, pero en el fondo... es tierno, afectuoso; un gran corazón!

Jua. ¡Sí, en el fondo!... (Una pausa. Juana queda pensativa.)

Enr. Dirá usted sin duda, que siempre digo lo mismo, pero ¿por qué va usted á marcharse tan pronto? Antes lo sentía, se lo dije á usted, pero ahora, después de estos momentos deliciosos pasados en su compañía, lo siento mucho más, créalo usted, señorita. Hoy me ha parecido usted otra, hoy he descubierto en usted, por vez primera, algo que no pude adivinar en mis anteriores visitas; hoy la veo á usted menos encogida, más feliz, más alegre. Sus ojos brillantes y hermosos, dicen algo que no puedo leer aún claramente; por esto siento mucho más su partida, porque quizá en entrevistas sucesivas podría leer lo que hoy veo como á través de un velo. ¿Será ilusión de mi vista, será dulce realidad?...

¡Quién sabe! Yo tengo algo de poeta, aunque no hago versos, y á los poetas á veces la fantasía se nos antoja realidad. (Juana calla y no sabe qué responder.) Lo repito: hoy es usted otra para mí.

Jua. Indudablemente el vestido es responsable del cambio. A él dirige usted tanto cumplido.

Enr. No soy de los que solo reparan en lo externo, ya le he dicho á usted que he creído leer en sus ojos. ¡Ojalá algún día sepa usted leer en los míos! Y ahora perdóneme usted, pero he dicho á su padre que me marchaba y sintiéndolo mucho debo marcharme. Señorita... (Enrique se levanta.)

Jua. Señor Thouzery...

Enr. ¿Decididamente, se marcha usted mañana? ¿No hay esperanza de que mude usted de consejo?

Jua. Es difícil.

Enr. ¿Luego no es imposible?

Jua. ¡Imposible! Está decidido...

Enr. ¿Tan irrevocable es su decisión? ¡Piense usted lo que lo sentirá su padre!

Jua. El me autoriza.

Enr. ¡Qué remedio! ¡Es usted cruel! En fin, medítelo usted con calma y á solas, y si después quiere usted que yo le aconseje...

Jua. Ya sé lo que me diría usted.

Enr. (Con intención.) ¡No sabe usted lo que yo la diría! A su padre no le deja usted disfrutar de ese traje, ni de su compañía, ni del cambio operado en su persona, y él es muy bueno, debe usted reconocerlo, la empieza á querer y merece que le quieran también. Perdone usted mis reflexiones y hasta luego.

Jua. ¿De modo que se marcha usted?

Enr. Es forzoso.

Jua. ¿Pero volverá usted realmente?

Enr. Volveré. Palabra. (Se estrechan efusivamente la mano y vase Enrique.)

ESCENA VII

JUANITA, después PAULINA, más tarde ORSIER

Juanita, una vez sola, se levanta, va al espejo y se contempla de frente y de perfil con aire de satisfacción. Se dirige después á la mesa donde hay un jarro con flores y cogiendo algunas, las prende del pecho o cintura, contemplándose nuevamente. Entra Paulina por donde salió con un tomo de novela en la mano. Juana, al oir sus pasos, se vuelve rápidamente y lanza un «¡ah!» de sorpresa.

Paul. No se asuste usted, señorita, cruzo solamente la sala. ¿Usted es la señorita Orsier, no es cierto? Tengo muchísimo gusto en conocerla. Su padre, que es un buen amigo mío, me ha hablado mucho de usted.

Jua. (Glacial.) Al momento bajará; yo me retiro.

Paul. No, de ningún modo; se lo ruego á usted. Soy yo quien se marcha. Al señor Orsier le he visto ya. Puede usted, sin embargo, decirle de mi parte que me ha parecido usted encantadora. Señorita... (Saluda y va para salir. Juanita corresponde fríamente. Entra Orsier.)

Carlos (Sin poder reprimir un gesto de ira.) ¡Cómo! ¿Usted aquí?

Paul. Sí, mi querido amigo; acababa de decir á esa señorita que la hallo encantadora.

Carlos (Con sequedad,) Siento mucho que haya usted pasado por la sala, que por cierto no es el camino más corto.

Paul. Me ha parecido que era lo mismo...

Carlos Pues no es lo mismo.

Paul. Me voy.

Carlos Sí, sí; vaya usted.

Paul. ¡Vaya una cara! ¡No es para tomarlo por lo trágico! Adiós, Carlos. Señorita... (Saluda nuevamente á Juana y vase.)

ESCENA VIII

JUANITA y ORSIER

Cuando Paulina ha salido, Juanita se acerca á su padre que no sabe qué actitud tomar

Jua. (Afable.) ¡Gracias!

Carlos Yo...

Jua. No me dé usted ninguna explicación, papá... y muchas gracias. (Orsier toma la mano de su hija y la besa con efusión. Juana se dirige al interior.)

Carlos ¿A dónde vas?

Jua. A mi cuarto... quizá preferirá usted estar solo...

Carlos Al contrario, no te marches. No olvides que mañana me dejas y que precisa aprovechar los momentos. Quédate, que vamos á charlar como dos antiguos y buenos amigos. Hasta ahora hemos tenido tú y yo muchas explicaciones, conversación, ninguna.

Jua. Es cierto. (Juanita á indicación de su padre se sienta. Una pausa. El la contempla.)

Carlos ¡Muy bien, pero muy bien!

Jua. (Sorprendida.) ¿Qué?

Carlos Te has sentado perfectamente. Muy bien colocada.

Jua. (Echándolo á broma.) La cosa no es difícil.

Carlos Todos los movimientos lo son en traje de soirée y debe verse en ellos la naturalidad y la elegancia. Tú no has vestido nunca esta ropa, sin embargo, nadie lo diría. Es una gran cualidad, especialmente para mí que me gusta el lujo y la elegancia, y ya ves, un detalle tan insignificante como el de sentarse, no se me escapa. Me siento orgulloso de ser tu padre. Lo malo es que mi papel va á durar poco. Soy un padre con vencimiento fijo, como un pagaré. El caso es original y tiene cierta gracia. Ser padre durante seis días, es decir, mucho menos, porque en realidad hasta hoy no empezamos á conocernos. Y nos quedan tan pocas horas para estar

juntos! ¿No te produce el efecto de dos niños jugando á padre é hija?

Jua. (Riendo.) Sí que lo parece, pero ahora no puede usted quejarse de mí. Estoy mucho más expresiva, pero es que nos conocemos algo más.

Carlos ¡Y pensar que este mayor brillo de tus ojos, esta satisfacción que interiormente experimentas y que no puedes disimular, es tan solo porque te marchas de esta casa, donde tan mal te encuentras!

Jua. ¡Eso sí que no!

Carlos Es la verdad; de otro modo no te marcharías.

Jua. ¿Por qué volver á hablar de eso?

Carlos Tienes razón.

Jua. Mi alegría no es por marcharme, no estoy yo mal aquí; es porque vuelvo al lado de mi madre.

Carlos Hay que convenir en que eres lista y sabes dorar la píldora, pero yo peino canas y no se me engaña tan fácilmente. En fin, no se hable más del asunto, que no quiero aburrirte durante lo poco que nos queda de estar juntos.

Jua. También deseo hacérselo á usted agradable,

Carlos Así, así, te quiero. Sigue hablándome así. sigue mostrándote afectuosa y alegre como ahora y no habrá mayor dicha para mí.

Jua. ¿De veras?

Carlos ¿Por qué no me hablas de tí, de tu vida?

Jua. (Apurada.) ¡Tiene tan poco interés mi vida!

Carlos Quizá lo tenga para mí. ¿Dónde vivis?

Jua. En Batignolles. Tenemos un pisito muy chico, pero muy mono. Mucha luz y mucho sol.

Carlos Algo lejos está. ¿Y dices que es pequeño?

Jua. Pequeñito, pero nos basta á las dos. No es lujoso como este...

Carlos En esos barrios es difícil. Pero tú tienes buen gusto y lo habrás arreglado perfectamente. Como si lo viera, flores en los jarritos...

Jua. (Mostrando el que hay sobre la mesa.) Sí, pero no como este, ni flores tan frescas y olorosas como estas. (Señala las que ha prendido a pecho.)

Carlos — Todo muy limpio y cuidadosamente arreglado...

Jua. — Eso sí, orden y limpieza no falta.

Carlos — ¡Qué contenta estará tu madre!

Jua. — ¡No todo lo que yo quisiera! Siempre me regaña porque dice que soy coqueta y algo superficial.

Carlos — Pero no es cierto.

Jua. — No diré yo que no lleve algo de razón.

Carlos — Las madres suelen ser exigentes...

Jua. — La mía no lo es.

Carlos — ¡Lo fué mucho en algún tiempo!

Jua — (Sonriendo y molestada á la vez.) ¡Dejemos eso!

Carlos — Perdona.

Jua. — Ella me quiere mucho y es muy buena.

Carlos — ¿Y el novio? ¿Qué tal es el novio?

Jua. — Es muy bueno también.

Carlos — ¿Será guapo?

Jua. — A mí me lo parece.

Carlos — Elegante... distinguido...

Jua. — Muy elegante... no, pero distinguido sí que lo es.

Carlos — Y estará enamoradísimo de ti.

Jua. — Así lo dice él

Carlos — ¿Y tú le quieres mucho?

Jua. — Le quiero. Una vez casados nos quedaremos á vivir con mamá.

Carlos — ¿Ah, sí? ¿Y él se aviene á ello?

Jua. — ¡Ya lo creo!

Carlos — ¿Qué profesión ó carrera tiene?

Jua. — Está empleado en una casa de comercio muy importante.

Carlos — (Que ha sufrido una decepción.) ¡Qué lástima!

Jua. — ¿Por qué?

Carlos — Un empleado...

Jua. — ¿Qué?

Carlos — Nada.

Jua. — ¿Por qué no me dice usted lo que piensa?

Carlos — La verdad, porque al contemplarte ahora... en ese traje. . no te concibo casada con un empleadillo...

Jua. — Un empleadillo, no.

Carlos — Bien, aunque sea un alto empleado. Tendrá un sueldo más ó menos modesto y un porvenir más ó menos lejano. De todos modos

no he de contentarme yo con dar mi consentimiento. Pienso... pienso dar algo más.

Jua. Tenemos cuanto nos hace falta...

Carlos ¡Qué inocencia! Antes de la boda siempre cree uno que va á sobrarle todo, después... nada le basta. Quiero contar para ello con la aprobación de tu madre y de tu novio, que no creo vayan á privarme de ese gusto. (Juana sonríe agradecida.) ¡Así, así, me agrada verte sonreir! ¡Qué satisfacción la mía al saber que vives en un piso confortable y que los muebles son lujosos y que puedes permitirte llevar toilettes como esa!... (La contempla un instante, y luego se levanta, y despues de coger un abanico de la vitrina, se lo da á Juanita.) Toma este abanico que completará la toilette.

Jua. (Abriéndolo.) ¡Qué bonito!... ¡Pero qué bonito es!

Carlos Es un abanico antiguo de mucho mérito. Perteneció á madame de Maintenon.

Jua. ¿La que fué mujer de Luis XIV?

Carlos Veo que también sabes historia.

Jua. Un poco. (Le devuelve el abanico.)

Carlos Si es para ti; te lo regalo.

Jua. No me atrevería nunca á abanicarme con una verdadera joya.

Carlos ¡Tonta! ¿Por qué? ¿Estará peor en tus manos que en las de la Maintenon? Imagínate que lo he comprado por dos francos en una tienda de viejo. (Juanita se abanica tímidamente pero con gracia. Orsier la contempla satisfecho.) Oye... quisiera pedirte un favor... solo que temo que vas á negármelo y... Acaba de ocurrírseme una cosa...

Jua. Como yo pueda concedérsela...

Carlos ¡Solo de ti depende y me darías una gran alegría!

Jua. Diga usted.

Carlos Pues que en lugar de marcharte mañana... te quedes un día más.

Jua. ¿Hasta pasado mañana?

Carlos Sí. Un día se pasa en seguida y tú venías dispuesta á quedarte tres semanas.. ya ves, es una tercera parte. ¿Verdad que no te negarás á complacerme?

Jua. ¿Si le digo á usted que sí, va usted á estar muy contento?

Carlos Mucho.

Jua. Pues bien, me quedo un día más.

Carlos (Muy contento.) ¡Ah, gracias hija mía, gracias! Ahora voy comprendiendo que mi primera impresión no fué acertada. (Se acerca á ella y la abraza á tiempo que entra José.)

José (Anunciando.) Los señores de Guerande. (José separa la cortina y cae rapidamente el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

La misma decoración del segundo y tercer acto. Al levantarse el telón no hay nadie en escena. Llega al público, el rumor de una discusión en el salón contiguo. Risas y gritos de «¡ha ganado! No, no. ¡Ha perdido!» De pronto Juanita, muy alegre, entra en escena corriendo seguida de Orsier que la alcanza dándola un beso. Juanita viste traje de calle muy elegante.

ESCENA PRIMERA

JUANITA, ORSIER. A poco, ENRIQUE, el SEÑOR y la SEÑORA de GUERANDE, la BARONESA, GENOVEVA y JOSÉ

Jua. (Riendo en brazos de su padre.) ¡No, papá, no, eso no entra en el juego! ¡No lo habíamos convenido!

Carlos ¡Sí, hija mía, sí! He ganado y me debes dos besos. Las apuestas se pagan: Conque... á pagar.

Jua. Toma; estamos en paz. (Ella presenta la cara, Orsier la besa. Han entrado los demás personajes, que riendo, contemplan la escena.) Y ahora yo te doy uno. ¿Estás contento?

Carlos (José entra con el servicio de té.) Sirve el té. (Durante esta escena Juanita sirve el té.)

S. de Guer. (Con intención.) ¿Se acuerda usted de la comida en que nos vimos por primera vez? Tenía usted que marcharse al día siguiente... ¡y han transcurrido quince días!

Jua. (Sonriendo.) ¡Ya lo creo que me acuerdo! ¡Ha sido un soplo!

Carlos ¿De veras?

Jua. ¡Oh, sí!

Enr. Decididamente, ¿se marcha usted esta noche?

Carlos Sí, pero he escrito á su madre, rogándola que la permita venir siempre que ella quiera, hasta que se case. No creo que se niegue y espero que vendrá todos los días.

Bar. No se negará su madre: la conozco.

Carlos En cuanto al novio, sabe que puede venir también con entera libertad.

José (Á Juanita desde la puerta.) El cochero aguarda órdenes de la señorita.

Jua. Que enganche á las seis. (Vase José.) Iremos á dar un paseo por el bosque, ¿verdad papá?

Carlos Sí, hija mía, todo lo que tú quieras.

Jua. Antes podríamos pasar por la calle de la Paz, para ver aquel brochecito de brillantes que tanto me gustó.

Carlos ¿De veras te gusta mucho?

Jua. ¡Muchísimo!

Carlos Bien, pues ya veremos si...

Jua. ¿Me lo comprarás, papá?

Carlos Sí, hija mía, ya sabes que quiero darte gusto en todo cuanto pueda.

Jua. ¡Qué alegría, qué alegría, papá!

Carlos Y ahora hay que pensar en divertirnos.

Jua. Sí, sí.

Carlos Se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no representamos una comedia?

Enr. ¡Tienes razón, es una excelente idea!

Carlos Esto nos proporcionaría ocasión de reunirnos con frecuencia.

Guer. Pero, ¿y los actores?

Carlos ¿Cómo los actores? Pues Genoveva que estará muy bien; Enrique, un galán joven admirable, y, Juanita, que tengo la seguridad de que tiene condiciones para la escena. Además, usted, y, si conviene, yo, que no he representado en mi vida, pero que entro gustoso á formar parte de tan selecta compañía.

Jua. Pero, papá, si en mi vida he representado, si he ido tan poco al teatro...

Enr. Todo eso nada importa.

Carlos Yo te aseguro que estarás muy bien.

Jua. Si tú lo aseguras...

Carlos Estarás encantadora. A propósito, ¿y tu novio? También él podría trabajar...

Jua. (Riéndose.) ¿Quién, él? ¡Papá, por Dios, no le conoces!

Carlos Está bien. Le reservo un papel: jefe de clac. (Risas.) Ahora á escoger la obra. ¿Conoces tú alguna, Enrique?

Enr. Ya lo creo. Una muy á propósito para ser representada en un salón. Se titula «El primer baile» y tiene un acto.

Jua. ¡Bonito título!

Carlos ¿Muchos papeles?

Enr. Una doncella para la señora de Guerande, una ingenua preciosa para Juanita y dos galanes, uno para el señor de Guerande y otro para mí. Tú te quedas sin papel.

Carlos No importa; me asigno el de director de escena.

Guer. No, no, á mí resérvenme el de apuntador.

Carlos No se admite que se devuelvan papeles. ¿Estamos de acuerdo? Pasado mañana el primer ensayo... Al salir compraré los ejemplares.

S. de Guer. ¿De modo que no se admiten renuncias?

Carlos En absoluto.

S. de Guer. Pues entonces hasta el ensayo, porque nos retiramos. Adiós, señor de Orsier. Adiós, Juanita.

Jua. Adiós, señora, hasta pasado mañana. (Todos se despiden y quedan solos Juanita y Enrique.)

ESCENA II

JUANITA y ENRIQUE

Enr. ¿Conque ya la tenemos á usted convertida en actriz?

Jua. ¡Por favor, no se burle usted de mí!

Enr. Creo como su padre que representará usted maravillosamente.

Jua. Pues yo temo lo contrario y le suplico, que si desde los primeros ensayos cree usted

que voy á quedar en ridículo, me lo advierta con entera franqueza.

Enr. Prometido.

Jua. Yo sé que con papá no hay que contar. Aunque estuviera mal no se daría cuenta. Está encantado con su idea.

Enr. Está encantado con usted. Le tiene usted hipnotizado y puede usted creer que casi no le reconozco: es un verdadero caso de mixtificación.

Jua. ¡Es muy bueno! ¡Yo le quiero mucho y hace tan poco tiempo que le conozco!... Conmigo es complaciente y cariñoso y llego á creer que hay en su bondad algo de coquetería.

Enr. Usted lo ha dicho. Un cuadro delicioso: el papá coqueteando y tratando de conquistar á su hija.

Jua. La conquista está hecha.

Enr. Tanto mejor. Recuerde usted que fuí el primero en abogar por esta causa.

Jua. ¿Cómo voy á olvidarlo? Y el recuerdo de usted quedará siempre unido al cariño que siento por él. (Pausa.)

Enr. Indudablemente habrá usted observado... Yo sé que es usted buena observadora...

Jua. ¿Qué?

Enr. Que desde que está usted aquí, sin darme cuenta, no he dejado de venir ni un solo día á esta casa.

Jua. Antes venía usted con frecuencia...

Enr. No como ahora, pero hoy me sería imposible dejar de venir.

Jua. ¿Por qué?

Enr. ¿No lo adivina usted?

Jua. (Con cierta coquetería.) No.

Enr. Porque también en mí ha operado usted un cambio, porque para mí es indispensable verla, hablarla, sentarme á su lado, aunque sea sin pronunciar una palabra, porque junto á usted hasta el silencio tiene sus encantos.

Jua. ¡Por Dios, Enrique, que no merezco yo tanta galantería! ¿Para usted que es hombre de mundo, distinguido, elegante, agasajado en todas partes, qué puede valer la conversa-

ción ó la compañía de una muchacha que acaba de salir al mundo? Mi conversación carece de atractivos.

Enr. No lo diga usted. La muchachita recién salida al mundo como usted acaba de decir, se ha transformado rápidamente en una mujer elegante, graciosa y espiritual, y cuanto cree usted que puede aburrirme, es precisamente lo que me deleita.

Jua. ¡Ah!...

Enr. ¿Le extraña á usted? No me choca, porque el primer asombrado soy yo. ¡Si me hubiera usted conocido antes! ¡Cuán distinto de ahora! En fin, no puedo explicárselo porque es usted demasiado niña para comprenderme.

Jua. Le advierto á usted que lo que las muchachas solteras no comprendemos... algunas veces lo adivinamos.

Enr. ¿De veras?

Jua. Naturalmente. En el adivinar está nuestro refugio.

Enr. Pues entonces trate usted de adivinar este cambio. Yo, la verdad, no me atrevo á decirlo... Confieso que su presencia me intimida...

Jua. ¿Cómo?

Enr. Sí, sí, no sé por qué, pero... me intimida. Y no crea usted que me pesa. ¡Si usted supiera el placer que experimento con eso que podríamos llamar emoción misteriosa!

Jua. ¡Y todo por mí, solo por mí!... (Dice esto sonriente y turbada.)

Enr. ¡Por usted... solo por usted!

Jua. Va usted á tener la culpa de que me vuelva coqueta.

Enr. No se ría usted, que yo estoy muy serio.

Jua. No me río.

Enr. Pero se sonríe usted y esa sonrisa después de lo que acabo de decirla... Con usted soy sincero.

Jua. Yo quiero serlo también, por esto no puedo ocultar que al verle á usted en esta casa todos los días, siento cierta alegría...

Enr. ¿De veras, Juanita?

Jua. Sí, pero será una alegría pasajera, porque

sospecho que pronto me habrá usted olvidado...

Enr. ¡Oh, no!

Jua. ¿Conservará usted siempre de mi buen recuerdo? Mire usted que soy muy distinta de las mujeres que usted está acostumbrado á tratar.

Enr. Precisamente por eso me ha sido usted tan simpática y tan solo lamento que no sepa usted leer en mis ojos, porque vería usted impreso en ellos en grandes caracteres, algo que trataba de no decir, pero que no podré ocultar por más tiempo: que la amo á usted. (Entra Orsier. Ambos quedan sorprendidos y algo contrariados, pero disimulan.)

ESCENA III

ORSIER, JUANITA y ENRIQUE

Jua. ¡Ah, papá! ¡Ya está aquí papá!

Carlos Larga ha sido la despedida, pero lo de la función ha quedado definitivamente arreglado y es un hecho.

Jua. Te has encariñado mucho con la idea.

Carlos ¡Ya lo creo que sí!

Enr. Ahora dejo á ustedes también. Juanita y yo hemos charlado un rato; su conversación me encanta. Te felicito nuevamente, Carlos.

Carlos ¿Decididamente te marchas?

Enr. Sí. No me es posible detenerme más y lo siento.

Carlos Entonces... hasta pasado mañana.

Enr. (Mirando á Juanita) No; hasta mañana... que vendré á recoger mi papel.

Carlos Adiós, Enrique, hasta mañana.

Enr. Adiós, señorita, hasta mañana. (Saluda y vase sin quitarle ojo á Juanita.)

ESCENA IV

ORSIER, JUANITA; después JOSÊ

Carlos Ya se han marchado todos; ya hemos vuelto á quedar solos. ¿Qué te ocurre? Parece como si estuvieras preocupada.

Jua. No; contenta es lo que estoy. Contenta de haber venido.

Carlos También yo de tenerte á mi lado. Hace quince días que llegaste y me parece que fué ayer.

Jua. Lo mismo me sucede á mí. ¡Y cuando me acuerdo de que aquel mismo día hubiera vuelto á mi casa!... ¡Pero durante ese tiempo han ocurrido tantas cosas!... ¿Te acuerdas del primer baile en casa de la señora de Guerande?...

Carlos ¡Ya lo creo! Bailaste el cotillón con Enrique. ¡Cómo sufriste antes de bailarlo por temor al ridículo!

Jua. Y luego lo hubiera vuelto á bailar. ¡Lo que puede el miedo!

Carlos ¡Y al regresar á casa me dijiste muy contenta: papá, me quedaría con gusto hasta fin de mes. Y calcula tú con el que lo oiría yo, que sólo sufría al pensar que debías marcharte. Todas esas impresiones agradables no se borran fácilmente. Sin embargo, yo nunca tendré, como tu madre, recuerdo de lo que has sido durante tu vida. Te he conocido á los diecinueve años, y no tendré de ti otro recuerdo.

Jua. ¿Por qué piensas todo eso?

Carlos Porque te quiero, porque lamento los años que han transcurrido sin conocerte; porque siento en mí sensaciones desconocidas; porque no he sufrido por ti las angustias naturales de un padre; porque estuviste enferma, muy enferma, y ni siquiera lo supe, ni pude pasar una hora junto á ti.

Jua. ¿Pero todo eso qué importa, si ahora yo te quiero?

Carlos También te quiero yo, pero no es lo mismo.

Parece que los padres que han sufrido mucho por sus hijos, tienen mayores derechos sobre ellos. Los padres deben sacrificarse siempre por los hijos, aunque ellos sean ingratos á veces, y los que no han sufrido por ellos, no son verdaderos padres. Yo no he sufrido por ti, yo no te he querido hasta ahora, y en estos momentos se me antoja que soy un padre postizo, un padre de guardarropía, que sólo sirve para divertir.

Jua. Sí; pero á pesar de todo, eres mi padre y soy tu hija, que te quiere y perdona todos esos pecadillos que te echas en cara. (Entra José.)

José ¡Señor!...

Carlos ¿Qué quieres?

José Una señora pregunta por el señor.

Carlos ¿Una señora? ¿Quién es?

José Dice que es la mamá de la señorita.

Carlos (A Juana.) ¡Tu madre!... ¿Cómo ha venido ella misma?

Jua. ¿Mamá aquí? ¡Qué alegría! ¡Esto sólo me faltaba!

Carlos Que pase en seguida.

(Juana queda sorprendida. José va al foro y deja paso á la señora de Orsier, volviendo á marcharse.)

ESCENA V

JUANA, ORSIER y la SEÑORA DE ORSIER

Jua. (Echándose en brazos de su madre.) ¡Mamá!... ¡Mamá!

S. de Ors. ¡Hija mía!... (Quedan un instante abrazadas. La señora de Orsier se separa algo de su hija y repara en el traje.) ¡Hija, casi no te reconozco!

Jua. ¡Qué alegría!... ¡Qué alegría tan grande, mamá!...

S. de Ors. He venido porque tenía tantos deseos de abrazarte... y, además, quería contestar á la carta del señor de Orsier. Luego hablaremos, hija mía. Ahora déjanos un momento.

Jua. Como quieras, mamá.

(La da un sonoro beso, que ella corresponde, y vase al interior.)

ESCENA VI

ORSIER, la SEÑORA DE ORSIER; depués JUANITA

Carlos (Con mucha amabilidad, pero algo azorado.) Siéntese usted, señora. (Pausa.) Veo que ha recibido usted mi carta, y la agradezco muchísimo, aunque confieso que me ha sorprendido, que venga usted misma á dar la respuesta. Espero, pues, que no pondrá usted dificultad alguna, para que en lo sucesivo vea á mi hija con mucha frecuencia y sin limitación de tiempo, cosa muy desagradable para mí.

S. de Ors. He hecho el sacrificio de venir, para no entablar con usted una discusión por escrito; creyendo que una visita sería más breve y eficaz. Mi hija se casará dentro de dos años, y hasta entonces podrá usted tenerla en su compañía, lo que fija la ley.

Carlos ¿Y usted cree que va á serme posible aguar dar un año para ver á mi hija? Se equivoca usted lastimosamente, señora.

S. de Ors. Yo me atengo al fallo del tribunal. Crea usted que por mi gusto no estaría mi hija aquí ahora.

Carlos Por el de usted, no. Por el suyo no vino tampoco, y, sin embargo, hoy no se marcharía.

S. de Ors. ¡Qué equivocado anda usted!

Carlos ¡Menos de lo que usted se imagina!

S. de Ors. ¡Mi hija vendrá conmigo! ..

Carlos No lo dudo; pero ella, por su propia voluntad, volverá ¿Cree usted que me resigno á no verla ahora que la he encontrado?

S. de Ors. Usted fué quien la abandonó, y, desde luego, sufrirá usted mucho menos no viéndola, de lo que he sufrido yo dejándola venir.

Carlos ¡Es usted injusta y cruel!

S. de Ors. ¡También lo fué usted conmigo, no lo olvide!

Carlos ¡Ah! ¿Pretende usted vengarse ahora? ¿Quiere usted vengar en el padre las ofensas del esposo?

S. de Ors. ¡Tiempo tuvo usted de acordarse de ella!

Carlos Los afectos tardíos suelen ser los que más arraigan, y aunque á usted le pese, es preciso someterse á la realidad de las cosas.

S. de Ors. Yo hablo con el corazón.

Carlos ¡El corazón también se equivoca! Hasta ahora, Juanita sólo tenía á su madre; ahora nos tiene á los dos. Es hija mía, como lo es de usted.

S. de Ors. ¡No sabe usted lo ridícula que se me antoja esa palabra en boca de usted! Comprendo que ha querido usted satisfacer un capricho de su vanidad, y lo ha logrado. Dentro de un año podrá usted volver á satisfacerlo, si no tiene usted cosa mejor que le ocupe. Resulta muy cómodo huirle á las fatigas y sinsabores que trae consigo el poner hijos en el mundo, divertirse todo lo posible, faltando á sus deberes durante su infancia, para luego presentarse arrogante á reclamar los derechos de padre, ante la seguridad ó la creencia al menos, de no encontrar más que alegrías y caricias. Para nosotras todo lo malo, para ustedes todo lo bueno. ¡Y para esto somos las débiles y ustedes los fuertes! Los padres no se improvisan: deben serlo desde que los hijos vienen al mundo.

Carlos Hay en sus palabras, señora, verdades que no puedo ni pretendo destruir. Sólo la ruego que no juzgue sin oirme. Todas esas fatigas y sinsabores de que usted habla, tienen también sus encantos, y ahora soy yo quien los envidia. ¡Ojalá pudiera volver á ellos!... ¡Hace un instante se lo decía á mi hija! ¡Ah, señora, crea usted que hay arrepentimientos muy amargos, que no pueden salir á la superficie. ¡Por eso hieren por dentro con mayor saña!

S. de Ors. ¡Arrepentimientos!...

Carlos ¡Cuántos recuerdos conservará usted de su hija durante toda su vida, que yo no podré guardar nunca!

S. de Ors. Precisamente son esos recuerdos los que nos unen tan estrechamente á Juana y á mí, y nada ni nadie puede borrarlos. ¡Toda discusión sería inútil! Se lo he dicho á usted y

se lo repito: Juanita vendrá conmigo. Dentro de un año volverá usted á verla.

Carlos No olvide que debe usted contar con su aprobación. Juanita ha llegado á quererme mucho, aunque usted no lo crea, y todos los esfuerzos que pueda usted hacer para impedirlo, serán inútiles. Si lo que pretende usted es que no viéndome, no pudiendo hablar conmigo, se entivie su cariño, tampoco va usted á lograrlo. Piénselo usted mejor y hable usted antes con ella: yo mismo la llamaré. (Se dirige á la puerta por donde salió Juana y llama.) ¡Juana!... ¡Juanita!... ¡Ya viene!... (Pausa, durante la cual la señora de Orsier no sabe qué actitud tomar.) Acércate, hija mía; acabo de decirle á tu madre que en los dos ha nacido un afecto verdadero, un cariño espontáneo, que yo no podría vivir sin verte, y que tú deseas venir frecuentemente á esta casa. Es preciso que se lo repitas ahora para que no dude y se convenza. Habla con sinceridad.

Jua. Si no sé qué decir...

Carlos ¿Por qué?

Jua. Observo á mamá... ¡y temo afligiros!...

S. de Ors. No. Este caballero pide autorización para verte con muchísima frecuencia, y yo me he negado á ello. ¿Estás tú conforme conmigo ó con él?

Jua. Mamá, por favor, si yo no puedo contestar á una pregunta hecha en esa forma.

S. de Ors. Pues debes contestar.

Jua. Yo viviré contigo, pero mi mayor felicidad fuera saber que tú accedes gustosa á que venga á ver á mi padre. ¡Ha sido muy bueno conmigo, y no puedo olvidarlo

S. de Ors. ¡También lo he sido yo!

Jua. (Besándola.) También lo has sido tú, mamá, es cierto, y tampoco lo olvido, ni lo olvidaré nunca. Pero, ¿por qué no he de poder quereros á los dos?

S. de Ors. Porque igual no es posible. ¡Ahora comprendo que no me quieres como me querías!

Jua. ¿Puedes hacerme semejante reproche? ¿Que no te quiero? ¡No lo digas, no lo digas, mamá, que yo bien sé que no lo piensas!

Carlos Porque me quiera á mí, ¿no puede quererla á usted también? ¿Cree usted, señora, que el cariño tiene límites?

S. de Ors. No sé si los tiene, pero... ¿usted quién es para ella? Hace pocos días no le conocía. ¿Es natural que le quiera tanto? ¡Comprendo que el lujo de esta casa, el confort, la novedad en su vida monótona, los mayores atractivos .. todo eso ha contribuído á... pero pasará!...

Carlos No siga usted, porque la ofende. Si ella ha encontrado aquí lo que no soñaba quizá, si se ha visto festejada, adulada, y eso ha halagado su natural vanidad de niña, no ha sido suficiente para hacer brotar de golpe el cariño que me tiene. Ha habido algo más, ha comprendido que no soy el hombre que ella creía, un padre desalmado, un tirano; por el contrario, ha visto en mí un padre galante, afectuoso, cariñoso con ella, dispuesto á satisfacer todos sus caprichos. Ha visto también un arrepentimiento sincero por no haberse acordado antes de que ella existía.

Jua. ¡Sí, mamá; si es muy bueno conmigo! No tengas celos, que si tú volvieras hoy á tratarle, verías cómo lo es también para contigo. ¡Tú has hecho mucho por mí, y te lo reconozco! Cuando estuve tan enferma, que los médicos desconfiaban de salvarme, no te separaste ni un instante de mi cama y me velaste y me cuidaste como sólo tú podías hacerlo. Si hoy volviera á estarlo, no quisiera junto á mi cama á nadie más que á ti, y papá no ha de molestarse por esta preferencia.

S. de Ors. Basta, basta; que tus palabras en estos momentos en vez de servir de lenitivo á mi dolor, le aumentan. ¡Puedes venir á esta casa cuando gustes, puedes repartir tu afecto entre los dos, que ya veo que en adelante no será el mío tu único y real cariño!

Carlos No tiene usted derecho á hablar así. Ella intentaba casarse con la aprobación de usted, y no es lógico pensar que no había de tenerle cariño á su marido. La misma nerviosidad y su odio contra mí, la hacen hablar de ese modo.

S. de Ors. Eduardo también está quejosísimo. Cree que ya no le quieres, que le has olvidado por otro amor que ha nacido aquí, en esta casa.

Jua. He dado á Eduardo mi palabra, y la cumpliré.

S. de Ors. ¿Es este todo el amor que le tienes?

Carlos ¿Ve usted como es sincera? Ese amor es un sacrificio, porque en el fondo de su corazón no existe; sin embargo, está dispuesta á cumplir su palabra. Ella nada me ha dicho, pero yo sé que ama. ¿Es cierto, hija mía?

Jua. (Iluminada de súbita alegría.) ¡Es cierto, papá!

Carlos Tú amas á Enrique y él te ama; te casarás con él. (Juanita no sabe qué responder, pero se adivina su contento. Observa á su madre, ve que llora y se echa en sus brazos.) ¡Ya lo ve usted, señora; mientras los dos nos disputamos su cariño, hay quien se dispone á llevársela, y no habrá que aguardar dos años; quizá algunos meses! Y entonces no tendremos celos de ella ni usted ni yo; será su marido quien los tendrá de los dos.

S. de Ors. ¡Cierto, pero no sabré resignarme!

Carlos ¡Qué remedio! ¡Los padres somos los eternos abandonados! Y nosotros lo seremos doblemente, porque no vivimos unidos. El vacío que deja un hijo al casarse es muy grande, pero resulta menos cruel para la generalidad de los padres... porque se ayudan, se consuelan, y al abandonarlos, se unen ellos más estrechamente. ¿Por qué siente usted todavía ese odio contra mí? ¡Está tan lejos el pasado!... Hablo así, porque me obliga á ello la gratitud. Si mi hija es como es, á usted lo debe. Los dos la amamos profundamente, sólo que su cariño es antiguo... y el mío de ahora.

Jua. ¡Sí, mamá, sí; precisa olvidar poco á poco antiguos rencores, para que pronto pueda veros unidos en estrecho abrazo, y ese día será el más feliz de mi vida!
(Telón rápido.)

FIN DE LA COMEDIA

Obras de Alejandro P. Maristany

El Príncipe Sergio, drama en cinco actos, traducido del francés.

La confusión, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.

Romper el hielo, comedia en un acto y en prosa, original.

Barrer para adentro, comedia en un acto y en prosa, original. (Segunda edición.)

La juventud, comedia en tres actos, traducida del francés.

La muñeca eléctrica, juguete cómico en tres actos y en prosa, original.

Los de Belmonte, alta comedia en cuatro actos, en prosa, original.

Tratado de paz, boceto de comedia en un acto y en prosa, original.

Sólo para hombres, monólogo en prosa y verso, original.

Los hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)

Las máscaras, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (2)

Las murallas de Jericó, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés.

La muñeca eléctrica, juguete cómico en dos actos (refundido).

Los manirrotos, juguete en un acto y en prosa, original.

La hija, comedia en cuatro actos, traducida del francés. (3)

Teatro catalán:

La victoria dels filisteus, comedia satírica en tres actos, traducida del inglés. (Segunda edición.) (1)

Mirar per casa, comedia en un acto y en prosa, original. (Tercera edición.) (1)

Tot bon caballer... juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Els hipócritas, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (Segunda edición.) (1)

Els mentiders, comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (1)

Flor de sacrifici, estudio psicológico en un acto y en prosa, original.

El magistrat, farsa cómica en tres actos y cuatro cuadros, traducida del inglés.

Amich de confiansa, diálogo en prosa, original.

---

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.

(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.

(3) Idem con D. Eduardo Giraudier.

☛ Queda prohibida la venta de esta obra. La edición se hace para servir á los archivos.